

Inés Espasandin

La bibliotecaria

kindlepublishing

Catalogage avant publication
de Bibliothèques et Archives Canada

Espasandin Inés, 1967-
La Bibliotecaria
Novela

ISBN- 9798766295044

Marque éditoriale : Independently published

inespasa@hotmail.ca

Revisión y corrección: Cecilia Espasandin

Inés Espasandin©2021

Déposito legal: 4° trimestre 2021
Biblioteca y Archivos Nacionales del Québec
Bibliotecas y Archivos Canada
ISBN- 9798766295044

Primavera

El mármol gris del mostrador de la biblioteca refleja la luz monótona del día que declina. Julia, la bibliotecaria, mirando el gran reloj de pared suspira, - *todavía un par de horas antes del cierre*- En ese momento envidiaba a los escritores a quienes imaginaba libres de vivir de su pasión; la escritura.

En la biblioteca, los libros se multiplicaban como virus.

Centenares que llegaban a diario por varios medios. Aquellos que vienen en cajas desde la librería de origen, algunos que los abonados devuelven con una cierta diligencia en cada visita -sin contar aquellos que no regresaban jamás o con retraso- y los otros que llegan en camiones desde otras bibliotecas para completar la colección y los pedidos incesantes de los usuarios.

¿Entonces... para qué agregar más?

Se preguntaba la bibliotecaria, pensativa, mientras consultaba su reloj pulsera y se disponía a cerrar las cortinas.

Sin embargo, regresando a su casa a pie, en la oscuridad iluminada solo por el leve resplandor de los faroles de la calle no muy lejos de su apartamento, la idea de escribir su propio libro no la dejaba en paz.

Pero cómo hacer, *¿por dónde empezar a encontrar la inspiración necesaria para crear?, ¿para escribir sin parar como todos esos autores que parecían tener los útiles que ella ignoraba?*

El ruido de la llave en el cerrojo de la puerta despertó al gato que se lanzó en una serie de maullidos incesantes, cesando solo cuando su dueña pudo, después de desembarazarse de su abrigo y botas en la entrada, llegar hasta la cocina y servirle su segunda comida del día.

El tintineo de los granos en el bol metálico logró calmar instantáneamente sus quejumbrosos llamados.

Aprovechando ese momento de respiro, Julia se deslizó tranquilamente hacia la otra habitación; encendió la televisión para escuchar las noticias del día y para sentirse un poco menos sola; pero su cabeza estaba lejos, en un mundo imaginario de desempeño y de gloria.

El ruido del microondas anunciando su comida lista la sacó de su ensueño. El gato frotándose en sus talones la siguió de regreso a la sala-dormitorio que representaba su minúsculo pero bonito apartamento muy cerca del centro de Montreal en el quinto piso. El ronroneo del animalito bien instalado en sus rodillas la sacó a tiempo de su somnolencia en el sofá para poder desplazarse y terminar la noche cómodamente en su cama.

La luz del amanecer se filtra en finos rayos a través de las cortinas despertándola temprano.

La noche se termina de disolver y con ella desaparecen todos esos sueños extraños *-como lo son la mayoría de los sueños,* piensa-

- *"Hoy no voy a trabajar"* anuncia en el respondedor de su biblioteca. Una sensación desconocida la impulsa a intentar algo diferente.

Al día siguiente empezaba el fin de semana y así tendría tiempo suficiente para ella. Si su idea es escribir ¿y por qué no? Lo mejor es ir a buscar la inspiración fuera de sus cuatro muros, así fueran tan acogedores luego del empeño y el tiempo que puso en los últimos cuatro años hasta lograr un modo de vida hogareño y confortable.

Impaciente por comenzar su exploración, apenas puede esperar a que la cafetera vierta la última gota de café, mientras llena el pote de comida para el gato y se escoge unas prendas sencillas en su guardarropa.

Un par de jeans y zapatos deportivos completaron el sweater azul y el saco de mangas largas tejido a mano por su madre años atrás.

Se sonrió a sí misma echando una última mirada en el espejo de la entrada que reflejaba un rostro pálido enmarcado de largos cabellos lacios, castaños y ojos color miel y bajó rápidamente las escaleras de dos en dos con el entusiasmo de una colegiala.

El aire frío y vivificante de la primavera incipiente pega en su cara por un instante enceguecida con el contraste de la oscuridad del interior. Comienza a caminar por su calle tranquila y desemboca en la avenida con grandes edificios y con el bullicio del tránsito mañanero. Sus pasos inciertos la llevan sin demasiado objetivo. Dos obreros de cascos amarillos le ceden el pasaje antes de comenzar a instalar los conos naranjas.

Llegando a la esquina su estómago le advirtió que se había salteado el desayuno. Entrando en un pequeño restaurant de fast-food, se cruza con un hombre de aspecto desarreglado y con un fuerte olor a alcohol que le pide una moneda, pero antes de poder sacar su monedero, se escucha la voz de la cajera en un tono amable pero autoritario advirtiendo al itinerante -quién ya tenía su café en un vaso de cartón- que no molestara a los clientes.

Julia se sienta a devorar su sándwich de huevo y su segundo café del día y a pensar en un plan. Saliendo, ya sin esa sensación de vacío, tuvo la suerte de atrapar un ómnibus en la parada de la esquina. El bus pasa hábilmente entre el tránsito lleno de gente; los rostros austeros concentrados en sus celulares o libros. Por suerte en pocas paradas llegan al metro y la bibliotecaria se confunde en el tumulto bajando rápidamente las escaleras mecánicas para tomarse el tren que la conducía hacia el Este de la ciudad hasta un conocido centro comercial donde se hallaba su librería preferida. Tal vez allí encontraría la inspiración que tanto necesitaba, lejos del contexto de su trabajo, pero similar al mismo tiempo. Saliendo de la estación su celular suena y la voz de su amiga Noelia la saca de su ensimismamiento. El tono de su voz la preocupa desde el primer momento:

-¡Hola! ¿Dónde estabas? ¡He llamado a la biblioteca y me respondieron que no fuiste a trabajar hoy! ¿Estás bien?

-Sí, he tomado el día libre ¿y tú?

-Tengo un problema- dijo Noelia, bajando la voz.

- ¿Quieres que nos encontremos? Puedo ir hasta tu casa, responde Julia calculando mentalmente el trayecto.

-No puedo en mi casa.

Esperando a su amiga en un parque no muy lejos, Julia meditaba en un banco, sobrecogida por el paisaje y los sonidos de la naturaleza que la rodeaba. Ya disipado el frío de la mañana; el calor del sol entibiaba su cabeza sin gorro y su rostro en ese primer día de primavera. La vista de las ardillas saliendo de la larga pausa del invierno y trepando a los árboles cercanos todavía sin hojas, los chillidos infantiles a lo lejos, los paseantes con sus perros husmeando en la tierra todavía húmeda pero ya libre de nieve, los patos que zambullían sus picos en el agua del lago frente al que estaba sentada le procuraban un sentimiento profundo de tranquilidad.

El olor a la tierra húmeda le traía la añoranza de otras tierras bien ancladas en su memoria.

Nacida en el sur de la Argentina, Julia alternaba inviernos y veranos de su infancia viajando desde la ciudad donde vivía a pasar sus vacaciones en la estancia de sus abuelos maternos. Esos viajes la hacían soñar con un futuro más amplio y ajeno. Su gusto por la lectura y su perseverancia la ayudaron a obtener su beca para estudiar en Canadá años después. Apenas sus diecinueve años cumplidos preparó su equipaje y tras un largo y apretado abrazo a sus padres y hermanos, embarcó en el primer avión con destino a Chile, donde la esperaba el segundo vuelo directo hasta Toronto y un tercero hasta su destino final.

No muy convencida pero decidida a intentar la chance que se le había presentado, Julia se instaló en su primera residencia para estudiantes donde rápidamente empezó a conocer jóvenes de diferentes países que probaban suerte en el extranjero como ella. El ambiente multicultural y franco de la Universidad de Montreal la ayudó a aclimatarse a su nueva vida. Acostumbrada ya a las rigurosas temperaturas de la Patagonia, el choque del frío invierno canadiense no fue tan extremo como le habían prevenido sus parientes antes de partir.

Sus recuerdos fueron interrumpidos por la entrada en su campo de visión de su amiga: los rasgos tensos y un rictus - que conocía bien- acercándose rápidamente al banco donde se encontraba.

En la cincuentena, de cabellos cortos y ondulados, bien vestida con su chaqueta beige y pantalón haciendo juego parecía sumergida una actitud nerviosa que contrastaba con la sensación de paz y la indumentaria casual de Julia.

Se abrazaron por un instante, contentas de volver a encontrarse. La mirada intensa y triste de los ojos negros de Noelia preocupó a Julia, quién la apuró para que le contara su problema.

-Es mi hija; empezó a decir y sus ojos se llenaron de lágrimas.

- ¿Tu hija? Pero...

-Si, se ha fugado, en fin, eso creo, ya hace dos días que no sé nada de ella.

Julia pensó un momento en la linda muchachita de 17 años delgada y morena, con sus grandes anteojos y siempre preocupada por sus estudios ¿Qué podría haber pasado?

No era la primera vez que lo intentaba. En la época de la separación de sus padres, con once años apenas; la niña había preparado una mochila y dejado una nota escrita a mano en la mesa de la cocina para su madre donde se leía simplemente: -" Me voy a buscar a mi papá"- Unas horas después, la policía la encontró dando vueltas en el aeropuerto al que había llegado en transporte en común, con la esperanza de alcanzar el vuelo de su padre, ya en viaje hacia el África. Médico especializado en pediatría, tras muchos años de frustraciones y desacuerdos, decidió aceptar un puesto en Ghana, para poder aportar su ayuda a poblaciones en situación precaria. Lo que dejó un gran vacío en el espíritu de sus hijos quienes nunca pudieron entender su abandono para ocuparse de otros niños.

- ¡Oh, amiga!; ¡Cómo me gustaría poder ayudarte! ¿Y ya has avisado a la policía?

-Si! Respondió Noelia secándose las lágrimas, *pero hay que esperar, la investigación está abierta, solo que a la edad que tiene no lo toman muy en serio* y mirando fijamente a su amiga, le hace una extraña proposición:

- *¿Me acompañas a Quebec? Creo que tengo una pista.*

Julia pensó un momento, no tenía mucho que perder, le había dejado bastante comida al gato y tenía el día libre...

Ya en la terminal de buses interprovinciales y con el pasaje del próximo transporte en la mano, que salía a las 11am, decidieron sentarse a comer una ensalada de pollo antes de partir a la aventura.

Apenas el tiempo de terminar de devorarla, cuando el llamado por el altoparlante de su partida las apura para ponerse en la fila. Depositaron rápidamente las bandejas ya limpias y se escabulleron entre el mundo de gente cargada de mochilas y valijas que esperaban pacientemente su salida hacia diferentes destinos en la gran estación internacional del pleno centro de Montreal.

No tardaron en encontrar el número de salida para su autobús, con la gente ya embarcando y poco tiempo después el vehículo comenzó a moverse. En un suspiro Julia se acomodó en su asiento, extrañada todavía con la situación y preguntándose en que se había metido y si sería una buena decisión. La voz de su amiga en el asiento de al lado agradeciendo vivamente su compañía le hizo pensar que sí. *Noelia y Julia se habían conocido en la Universidad varios años antes, siendo la primera profesora de francés, siempre tan atenta a sus alumnos y el hecho que tomaban el mismo autobús para bajarse en la misma parada provocaron un acercamiento que duraría años después hasta transformarse en una franca amistad. Noelia contrajo matrimonio con el estudiante de medicina que frecuentaba en aquel entonces y Julia había sido testigo del nacimiento de sus dos hijos: Tomàs y Carla, ya adolescentes hoy día; con los que siempre guardaba una alegre complicidad. Después vino la separación y esos momentos difíciles que las acercaron aún más en su amistad.*

Julia echa un vistazo a su amiga silenciosa y pensativa.

- *¿Dime qué pista tienes?*

- *En realidad te debo una explicación* - respondió Noelia metiendo la mano en su cartera y sacando un celular con la cubierta de color fucsia. Julia reconoció enseguida el teléfono de Carla.

- *¿Se lo olvidó en la casa?* inquirió Julia *¿Y qué dice la policía?*

-*Perdóname, pero te he mentado...*

Los ojos de Julia se agrandaron de sorpresa.

- *No le he dicho nada a la policía. Creo que es mejor por el momento hacer algunas averiguaciones y por eso estamos viajando. Descubrí una dirección en sus últimos textos.*

- *¿Y cómo lograste descifrar la contraseña?*

- *No tenía...lo que me hace pensar que lo ha dejado a propósito. Conozco a mi hija, ella misma me ha puesto sobre una pista*

Sintiéndose algo disgustada y sin querer escuchar más explicaciones, Julia giró su cabeza y se puso a mirar el paisaje por la ventana. Delante de sus ojos desfilaban familias de pinos a gran velocidad interrumpidos por claros donde podía percibir algún arroyo turbulento de aguas brillantes bajo el sol del principio de la tarde.

Rato después, sintiendo la inquietud creciente de su amiga a su lado, le apretó suavemente la mano en señal de solidaridad.

La voz del chófer por el altavoz anunciando la pronta llegada a destino la sacó de su sueño.

La gran estación de la capital de la provincia hormigueaba de gente caminando en todas direcciones.

- *Espero que sepas hacia dónde nos dirigimos* comentó, no muy convencida de la riesgosa iniciativa.

Descendieron del taxi que las había conducido hasta la dirección, lejos del centro de la ciudad, y se acercaron sin prisa a la altura de una antigua morada. Se detuvieron indecisas frente a la gran puerta de madera resquebrajada de color oscuro. Noelia se acercó al gran llamador de bronce, no viendo el timbre por ninguna parte y golpeó un par de veces con fuerza. Al interior se escuchaban pasos y voces.

Julia sintió calor bajo su pullover de lana en el fresco de la ciudad nórdica, pensando una vez más qué estaba haciendo allí, pero no se movió, decidida a acompañar a su amiga hasta el final.

El hombre que les abrió la puerta les inspiró inmediatamente confianza aligerando momentáneamente la tensión.

Alto y sonriente, prolijamente vestido de colores claros: camisa blanca, pantalón beige y zapatillas de deporte, en un bello contraste con su piel oscura; las saludó con un condescendiente: - *Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarlas?*

No sabiendo muy bien por donde comenzar a explicar el motivo de su visita y ante la mirada interrogadora del hombre, Noelia balbuceó apenas el nombre de su hija.

-Pero sí! Exclamó el hombre: -*La mamá de Carla, ¿se ve en la cara su parecido! Entren por favor, creo que su hija esperaba su visita.*

Muy extrañadas las dos amigas intercambiaron una mirada de recelo, pero no se hicieron rogar, la actitud y el desenfado de su anfitrión logró disipar toda aprensión.

La pesada puerta se cerró con un ruido seco detrás suyo y caminaron por un largo pasillo semioscuro siguiendo a Omar, quien se había presentado momentos antes sin querer añadir ninguna explicación a las preguntas de Noelia, dejándola en suspenso con sus últimas palabras: - *“Ya verán por ustedes mismas”*.

Sin tiempo para volver a inquietarse llegaron al final del pasillo y abrió una puerta que conducía a una escalera de metal.

Descendieron los escalones rápidamente hacia una especie de sótano extrañamente iluminado. La vista que se desplegó delante de sus ojos fue tan fantástica como inesperada:

Una inmensa huerta se extendía sobre un terreno interior, iluminado por la luz natural que entraba a raudales a través del techo del invernadero que la protegía y de sus muros enteramente vidriados.

Sin pronunciar ni una palabra y olvidando por un momento el objetivo de aquella visita tan irreal, Julia comenzó a caminar lentamente entre los vegetales prolijamente alineados en sus respectivas parcelas.

Fascinada por lo que acapara su vista y todos los sentidos, quedó como hipnotizada por los recuerdos que surgieron de su infancia cuando pasaba veranos enteros en la granja de sus abuelos. El fresco aroma de las plantas despertaba en ella toda la esencia de su pasado hasta ahora olvidado. La luz mañanera al levantarse temprano en la casa del campo, la sonrisa de su abuela con la taza de leche recién ordeñada para el desayuno acompañada de la rodaja de galleta de campaña enmantecada, el grito del abuelo apurándola para ayudarlo con los granos de las gallinas que desde ya hacía rato cacareaban reclamando la ración del día...

Rozando con la punta de los dedos las hojas de las diferentes especies de verduras que asomaban de la tierra recién movida y fertilizada, iba reconociendo las zanahorias, los repollos, los frescos pepinos y las remolachas, las espinacas, los coloridos rábanos y las papas a primera vista. Más lejos pudo distinguir los altos arbustos de los incipientes tomates y de los nabos que seguían la hilera infinita de esa impresionante producción, rara dado lo prematuro de la estación.

El llamado de su amiga la trajo a la realidad y dando media vuelta para regresar a su lado pudo ver en sus ojos la misma mirada interrogativa que cuando entraron.

Rodeando por un costado el inmenso vivero siguieron los pasos de Omar que las esperaba pacientemente y con una sonrisa, subieron por otra escalera de piedra que las condujo hasta una gran sala de suelo embaldosado y grandes ventanas de madera sin cortinas, ocupada por varias personas de todas las edades concentradas en diferentes tareas.

El murmullo de las voces entremezcladas sonaba como una melodía en los oídos de la bibliotecaria, encantada por el ambiente acogedor del lugar.

Noelia avanzaba ansiosa y buscando a su hija con la mirada entre los grupos de personas que trabajaban activamente.

Varias mesas y mostradores estratégicamente ubicados dejaban libre un pasaje en el medio del local por el cual se encaminaban las dos amigas siguiendo a su anfitrión, quién se despidió amablemente desapareciendo por una puerta lateral.

Justo delante de ellas, Carla se empeñaba en una gran pileta llenando envases de vidrio con pimientos recién cosechados por otro grupo de jóvenes que los limpiaba cuidadosamente dejándolos listos para la conserva.

Al escuchar su nombre se dio vuelta vivamente y cayó en brazos de su madre como para impedir la cascada de reproches que Noelia preparaba ya en su mente.

Poco rato después, sentadas delante de un té aromático y una tarta de limón, Julia escuchaba pacientemente la discusión de madre e hija sin querer entrometerse demasiado.

- Pero mamá; ¡estaba segura de que me ibas a encontrar!

- ¿Te puedes imaginar en qué estado de nervios me has puesto?

-Es por una buena causa, alegó Carla

-Si! Admitió su madre, - creo que comprendo tu idea, pero...

- Mamá escucha: Si intentaba explicarte que es lo que quería hacer, no creo que me hubieses autorizado, ¡mejor así que lo vieras por tus propios ojos!

Y todo su rostro se iluminó al explicar el proyecto de la asociación en la que hacía ya varios meses venía planeando unirse definitivamente.

Noelia conocía bastante bien las aspiraciones ecológicas y humanitarias de su hija, temiendo que siguiera los pasos de su padre en África.

Al menos Quebec está mucho más cerca de Montreal pensó con un suspiro.

- Acompáñenme por favor, les voy a mostrar todo- dijo Carla y terminando rápidamente su tisana de menta, tomó a su madre de la mano y las condujo atravesando un patio hacia otra ala de la gigantesca instalación.

-Abriendo una moderna puerta corrediza anunció con un cierto orgullo: -Aquí están las habitaciones.

Mientras recorrían los cuartos individuales; vacíos en ese momento, separados de forma evidente para las diferentes edades y familias, Carla empezó a contar:

-La idea de crear un establecimiento independiente había surgido ya hace muchos años por un grupo de estudiantes en ciencias de la naturaleza que buscaban la manera de iniciar su proyecto.

Al principio lograron un terreno para instalar su quinta ecológica y comenzar a vender y repartir los productos sanos durante todo el año de manera local. Con el tiempo se hicieron conocer y consiguieron la adhesión de una asociación colectiva y la población que apreciaba enormemente los productos frescos y artesanales que ofrecían periódicamente. Como la demanda era muy grande, con la ayuda de los servicios sociales de la ciudad empezaron a emplear jóvenes que abandonan sus estudios y otras personas en situación precaria.

El éxito del proyecto comenzó a expandirse y la necesidad de locales se impuso al punto de negociar subvenciones tanto públicas como privadas y comprar la antigua casa que había servido de Seminario para los curas en otros tiempos y que lograron transformar tras muchos sacrificios y trabajo en éste "paraíso terrestre" como lo llamaba Omar, uno de los antiguos estudiantes iniciadores del plan.

Se detuvieron frente a una puerta pequeña cerrada. Carla se apresuró a abrir con una llave que extrajo del bolsillo del amplio enterito jardinero que vestía y entraron en una pequeña pero agradable habitación, amueblada con una cama simple contra la pared empapelada con motivos florales en colores pastel. Una cómoda y una mesa de luz completaba la decoración sobria del cuarto. Noelia observó la decoración reconociendo algunos objetos y miró a su hija fijamente.

Carla sonrió y se sentó en la cama; - *No es la primera vez que vengo: perdóname por no habértelo dicho antes, solo quería saber cómo evoluciona todo esto para estar segura, mamá.*

Julia se sintió muy cansada. Toda la tensión de las últimas horas de ese día singular parecía juntarse en sus sentidos mientras escuchaba atentamente las palabras de la hija de su amiga, feliz de verlas juntas otra vez.

Carla se interrumpió viendo la palidez del rostro de Julia y la hizo sentarse en una silla cerca de su cama. -*Salgo a buscar un poco de agua-* dijo

Noelia abrazó a su amiga, aliviada del buen desenlace de lo que pensó podría haber terminado en una pesadilla. Cuando Carla regresó, Julia bebió el agua límpida del vaso que le tendía la muchachita y se levantó lista para regresar a Montreal. Carla las invitó a quedarse para pasar la noche. - *Hay catres con colchones a nuestra disposición, Podemos acomodarnos en mi cuarto.*

La bibliotecaria decidió dejar a su amiga conversando con su hija, nada de esto estaba previsto, pero todavía no se había terminado su jornada. Noelia aceptando la invitación, salió un momento de la habitación y llamó a su hijo desde su celular para que no se inquietara si no regresaba esa noche. No le había comentado nada sobre la falta de noticias de su hermana menor antes de partir en su búsqueda para no preocuparse. Tomas, que conocía muy bien las intenciones de Carla, no se inquietó en absoluto.

El joven adulto ya independiente, habitaba desde hacía más de un año en una residencia para estudiantes y comprendía muy bien las inquietudes de su madre con respecto a sus dos hijos. Con su sana filosofía las dejaba libres en sus acciones, no entrometiéndose en sus vidas para no agregarle más aflicciones.

La bibliotecaria se despidió de las dos afectuosamente, alegando que había dejado el gato sin suficiente comida para pasar la noche y salió de la habitación al pasillo para retomar el camino hacia la puerta de salida.

Atravesando el patio para llegar al parterre, escuchó los pasos de Omar que la alcanzó con una gran sonrisa y un pequeño frasco de conservas. Julia quedó agradablemente sorprendida de tanta gentileza.

Acompañándola hasta la salida le iba explicando los inicios de la obra, resumiendo un poco la historia de la construcción de la huerta que terminó siendo tan popular, alcanzando el nivel comercial y social actual. Los ojos del hombre brillaban de entusiasmo mientras iba contando su historia:

“Así, durante años logramos adeptos y subvenciones del gobierno con lo que podíamos continuar ayudando localmente a las personas que voluntariamente integrarán el programa. Madres solteras que no tenían donde ir, jóvenes que no encontraban empleo ni objetivo en sus vidas, mujeres en situación de violencia de género; todo lo que se les exigía era una dosis de buen humor y de voluntad para colaborar en las tareas.

La mayoría se adapta rápidamente a ese medio de vida y se quedaba por un tiempo, hasta conseguir una estabilidad y poder dejar su lugar a otros.”

Llegando a la gran puerta que daba a la calle, Omar terminó su explicación diciendo: - *“Tanta ayuda monetaria que se envía al extranjero, me siento orgulloso de poder invertir en un proyecto así para compensar un poco las necesidades en este país.”*

Una vez afuera, Julia se despidió con un apretón de manos, diciendo que regresaría pronto, todavía deslumbrada por todo lo que acababa de ver y conocer.

Consultando en su celular las próximas salidas hacia Montreal, calculó que todavía tenía tiempo para pasearse un rato por la ciudad. Respiró profundamente sintiéndose mejor. El *Uber* que había reservado un rato antes llegó en pocos minutos y la condujo rápidamente hasta el centro. La calle hormigueaba de gente caminando en la tarde soleada. Sus pasos la llevaron como por azar a la entrada de una biblioteca pública.

Entrando en un impulso y recorriendo los estantes llenos de libros prolijamente alineados, escuchó pronunciar su nombre con una entonación de sorpresa. Dándose media vuelta, en un pequeño escritorio frente a ella; un antiguo colega de la universidad la observaba con un aire divertido.

¿Adam? ¡Qué sorpresa! ¡No esperaba encontrarte aquí!
-Hola Julia, yo trabajo aquí... ¿seguro que no has entrado a buscarme? respondió este último con una sonrisa.
Adam, de origen rumano había conocido a Julia siendo ambos estudiantes y tras un corto y apasionado amorío se habían separado con la convicción de que con sus caracteres tan parecidos no formarían una unión duradera.
Julia quedó un momento pensativa y soñadora rememorando su último viaje juntos a las islas griegas de Creta, dos semanas intensas y encantadoras completamente fascinados por sus playas paradisíacas de aguas transparentes y arena blanca que habían quedado enterradas en su memoria con otros recuerdos que prefería olvidar...

Conversaron unos instantes, interrumpidos por una usuaria de la biblioteca que necesitaba referencias sobre un libro.

Julia aprovechó para alejarse hacia otro sector y buscar una serie que le interesaba para comparar con sus colecciones.

Serie que encontró rápidamente en la estantería bien etiquetados por su categoría.

Desde que comenzó a descifrar las primeras letras y comprender el sentido de las frases hasta lograr a los seis años leer su primer libro de cuentos infantiles, el gusto por las historias y aventuras que emanaba de las páginas producía en ella un efecto hipnótico y alumbraba aún más el deseo de contar sus propias historias.

Un rayo de sol que entraba por el ventanal de la biblioteca iluminó un libro como por encanto delante de ella y tomándolo en sus manos quedó fascinada por un momento por su textura. La cubierta en cuerina con bordes dorados le recordaron inmediatamente la colección de libros de sus abuelos.

Abrió una página al azar y sus ojos recorrieron una frase que inmediatamente quedó grabada en su espíritu; *“Confía en el tiempo que suele dar dulces salidas a muchas amargas dificultades”*

Completamente absorbida en su contemplación, no se dio cuenta de una sutil presencia a su lado. Adam rozó apenas su hombro con los dedos de la mano para llamarle la atención. Julia rechazó amablemente la invitación para cenar juntos, su tren de regreso a Montreal partía en apenas una hora. No habiendo reservado billetes para el regreso con su amiga en su precipitación de la venida, se consideraba afortunada de haber encontrado un asiento en el tren que salía a la misma hora que el autobús ya completo.

Depositando cuidadosamente el “Don Quijote de la Mancha “ en su lugar saludó con beso rápido en la mejilla a Adam prometiendo volver en la primera ocasión y volvió rápidamente sobre sus pasos, sin darse vuelta hasta salir a la calle.

En una rápida caminata, bordeando un inmenso parque repleto de gente que se paseaba en el frescor de la tarde, Julia llegó a la gran estación, la misma en la que habían bajado más temprano con su amiga del bus ese mismo día. De un lado de la gran terminal salían los grandes ómnibus interprovinciales con destinos hacia todo el país y hacia el país vecino y en paralelo en la misma cuadra una antigua cúpula gris con su gran reloj en el medio indicaba la terminal del tren.

El atardecer empezaba a cambiar los colores en el cielo. Julia se apresuró a comprarse un combo de sándwich, muffin y bebida para comer durante su viaje. El tren remontó tranquilamente la vía atravesando la ciudad ajetreada que terminaba la rutina del día, antes de cubrirse con las sombras del anochecer.

Con un suspiro, se recostó en su asiento dejándose mecer por el dulce traqueteo de la máquina en movimiento. Sintióse invadida por una dulce sensación mientras contemplaba el paisaje desfilarse ante sus ojos hasta atravesar el gran puente que unía la capital de la provincia a la ruta, se quedó dormida.

Rato después despertándose de una corta siesta, le dio un poco de vértigo al verificar por las amplias ventanas el empinado de las barrancas por las que bordeaba la vía a poca velocidad. Pasando un túnel, comenzó a deslizarse más rápidamente a través de la campaña infinita.

Los últimos rayos rojos y anaranjados se ocultaron en el horizonte haciendo desaparecer el verde de los pinos y de los pastizales con alguna casita a lo lejos interrumpiendo la monotonía del paisaje.

La oscuridad exterior dejó lugar a la tenue luz del interior y Julia sintiendo apetito comenzó a saborear lentamente su comida.

Apenas puso la llave en la cerradura de la puerta de su apartamento, los apremiantes maullidos del gato la obligaron a apresurar sus pasos hasta la cocina y llenar el bol casi vacío con la segunda ración del día, agregando una cucharada de paté y una caricia en guisa de disculpas.

El destello de la contestadora del teléfono le llamó inmediatamente la atención. Muy pocas personas la llamaban a ese número, destinado prioritariamente para las llamadas internacionales.

La voz de su madre anunciando el estado de la enfermedad de su padre la preocupó intensamente. Sufriendo de leucemia desde hacía algunos años y demostrando una gran resiliencia en cada recaída, Julia admiraba a su padre por su fortaleza y coraje.

Tras un breve llamado transoceánico, prometiendo llegar lo antes posible, comenzó a organizar mentalmente un viaje.

Una rápida búsqueda en internet y sus pasajes de ida y vuelta para partir dos días después quedaron reservados en un solo clic.

Al día siguiente resolvería la guardería para el gato y otros detalles, esperando que en su trabajo la noticia de su partida por al menos dos semanas no fuera un problema. Tratándose de una urgencia familiar, seguramente se mostrarían comprensivos.

Completamente agotada y pensando en los acontecimientos del día no tardó en quedarse profundamente dormida. En el medio de la noche se despertó sobresaltada. Un tamborileo incesante la hizo saltar rápidamente de la cama para ir a cerrar la ventana que había dejado entreabierta para ventilar el ambiente.

La lluvia afuera sonaba como un torrente. Secó las gotas de agua que habían quedado en el suelo con un trapo y volvió a acostarse sintiendo que le costaría volverse a dormir. Los ojos del gato brillaban en la oscuridad atentos a sus movimientos bruscos e inesperados. Se sentó en su cama, acomodando las almohadas en su espalda y acarició el suave pelambre del animal que se acercó inmediatamente reclamando su dosis de mimos. Una súbita tristeza la invadió pensando que tal vez sería la última vez que vería a su padre.

Ya hacía algunos años que su cáncer se había declarado incurable y se mantenía a fuerza de tratamientos de quimioterapia. Una vez por año, como su buena conciencia le dictaba, Julia hacía sus maletas y viajaba a verlo y pasar sus vacaciones en familia, excepto por el año en que su destino había cambiado por Europa. Este viaje sería más difícil para ella dada la gravedad de las circunstancias.

Otoño en el sur

El cartel delante de su asiento del avión se iluminó indicando a los pasajeros que se ajusten los cinturones al mismo tiempo que el ruido del motor se escuchaba cada vez más fuerte. Aliviada de haber pasado sin contrariedades la verificación de sus pasajes y tras la tensión que le provocaba, como cada vez pasar las aduanas, Julia apoyó su cabeza sobre el respaldo y fijó la mirada por la ventanilla. El enorme aparato plateado comenzó a deslizarse lentamente por la pista hasta alcanzar la velocidad necesaria y despegar suavemente izándose hacia el cielo.

Sin poder quitar la mirada, siendo éste su momento preferido del vuelo, pudo apreciar en su ascenso la vista del Oratorio desde el Mont Royal seguido por las casitas ordenadas en sus cuadriláteros prolijos de los barrios del oeste de la ciudad, pasando enseguida por encima de los edificios y monumentos que se sucedían en el centro y por último de la torre encorvada del estadio Olímpico alejándose cada vez más hasta desaparecer de su vista entre las nubes.

La voz del piloto deseándoles la bienvenida a bordo y anunciando la velocidad de crucero, la duración del vuelo, así como la temperatura exterior la sacó de su ensimismamiento. Después siguió el turno del auxiliar de vuelo que indicaba manualmente todos los gestos a realizar en una eventual emergencia.

Julia suspiró pensando que al menos en el próximo avión toda esa demostración sería virtual.

Su vecina de asiento dormía ya con su antifaz bien encajado sobre los ojos.

Por un momento, rememoró los últimos días tan agitados con el cambio de rutina pensando que ya nada sería igual a su regreso.

Justo antes de partir se enteró de los planes de Noelia, quien preparaba ya una mudanza a Quebec para poder vivir con su hija, dado la envergadura del proyecto en el que ésta última se había metido y completamente conquistada con la idea.

Montreal le parecería más vacío sin su amiga.

La azafata pasó con una bandeja ofreciendo bebidas y colaciones. Tomó solamente un jugo de naranja agradeciendo a esta última y se recostó sobre el respaldo del asiento para intentar dormir un rato.

Después de la primera escala en New York, aliviada de haber dejado atrás el bullicio de las voces angloamericanas se dejó llevar por el ronroneo de los motores del Boeing 747 hasta descender en Santiago de Chile, su última escala antes de llegar a su destino final en el aeropuerto de Buenos Aires. Julia desembarcó para cambiar rápidamente de avión, con poco tiempo entre las aerolíneas, apenas pudo vislumbrar las cadenas montañosas de los Andes a lo lejos desde las grandes ventanas del edificio en el atardecer sureño.

En menos de una hora pudo percibir los millones de luces que iluminaban la capital de su país, brillando como estrellas desde la tierra.

- ¡Bienvenida! Exclamó su hermano en un apretado abrazo. Emocionada, Julia secó unas inevitables lágrimas con el dorso de su mano y acomodando las maletas en un carrito de equipaje lo siguió hasta el auto estacionado en el parking del gran aeropuerto en medio de una charla incesante. Llegados al apartamento en el barrio Palermo que compartían Ariel y su compañero, Julia le hizo saber que no se quedaría más de una noche. Deseaba tomar el bus hacia Bahía Blanca, la ciudad donde residían sus padres, lo antes posible, dadas las circunstancias.

Julia adoraba a su hermano casi un año menor que ella.

Ambos habían crecido juntos siendo los dos menores de la familia de cuatro hermanos. Comenzaron la jardinera al mismo tiempo dada la fecha de nacimiento de Julia que la dejaba en desventaja con respecto a la fecha de inicio de su año escolar, siendo de las mayores de la clase. Aunque no compartían la misma aula, se resolvían para estar listos al mismo tiempo temprano en las mañanas y hacer el camino juntos de ida y vuelta de la casa a la escuela.

Así pasaron la infancia y la adolescencia enfrentando adversidades y compartiendo alegrías. Casi al mismo tiempo dejaron el pueblo para proseguir sus estudios, ya con rumbos muy diferentes, Ariel instalándose en la capital de su país, en una pensión al principio de una vieja conocida de su madre, hasta que conoció a Sergio, con el que decidió mudarse después de un tiempo de salir juntos, compartiendo así los gastos del apartamento. Siempre atento y sensible a los altibajos de la vida de su hermana, corría a recibirla al aeropuerto en cuanto ésta última llegaba de sus viajes y pasaban un par de días juntos, recorriendo el Once, el barrio preferido de Julia por sus rebajas en diversos artículos y ropa, terminando el día en el centro de la ciudad para disfrutar de algún espectáculo y cenar en un restaurante, embebidos del alegre ambiente porteño.

Aprovechando el poco tiempo que podían compartir esta vez, los tres se instalaron alrededor de la pequeña mesa de madera ubicada en un costado de la sala para hacer honor a la comida que Sergio había preparado mientras los esperaba. El delicioso aroma de la carne asada en la parrillita del balcón en ese día fresco de otoño recordó a la viajera el apetito atrasado que traía desde hacía algunas horas. Ariel se deslizó a la cocina para aderezar la ensalada rusa compuesta de papas frescas, arvejas y zanahorias dejando a Julia conversando con Sergio, quien la apreciaba como si fuera su propia hermana.

La velada terminó entre risas y lágrimas, contándose anécdotas de los últimos meses hasta que la tristeza se apoderó de los hermanos al evocar el motivo del viaje imprevisto de Julia.

Julia acomodó su bolso, conteniendo lo necesario para unos días, en la cabina del ómnibus sobre su asiento, que la dejaría tras varias horas de viaje en la ciudad de Bahía Blanca. Ya en la ruta, el paisaje de los bosques alternando con pastizales casi sin árboles contrastaba con el recuerdo de la vista de coníferas que habían desfilado antes su vista hacía apenas una semana atrás. Al menos la temperatura similar del otoño sureño a las de la primavera nórdica en el otro extremo del continente en esas fechas, facilitaba su adaptación al desajuste del viaje.

Abrió los ojos sobresaltada por el ruido de sirenas de las ambulancias al costado de la ruta. El autobús pasaba lentamente, contornando un accidente que involucra una camioneta salida de la ruta que había chocado con un poste del cantero del medio. Impresionada por el brusco despertar pudo ver muy cerca desde su ventanilla el rostro y los ojos abiertos de una mujer herida que era transportada en camilla por los paramédicos. Percibiendo su mirada por un instante, Julia sintió una extraña conexión en el breve contacto con la dama desconocida en su desgraciada situación.

Rato después el ómnibus entraba en su ciudad natal y pudo percibir uno tras otro los barrios conocidos, pasando velozmente por delante de las puertas de su escuela primaria con las banderas en la entrada ondeando al viento. Llegando a la terminal, se apresuró a recuperar su equipaje de mano. Pudo ver desde su asiento a su madre y a su hermana mayor que la esperaban agitando las manos, listas para llevarla hasta la casa familiar.

Descendiendo rápidamente, no tardó en estrecharlas en sus brazos liberando toda la emoción del largo viaje.

Una vez en el auto que su hermana conducía hábilmente por las avenidas de la ciudad, Julia le pidió si podían hacer un alto en el hospital para saludar a su padre lo antes posible. Se detuvo entonces en el estacionamiento para los visitantes y bajaron las tres, mientras la ponían al tanto de las últimas novedades.

-Desde que papá supo que venías; empezó a mejorar su estado general y los médicos están muy optimistas. comentó la hermana de Julia.

La sonrisa de bienvenida con la que recibió su visita su padre desde la cama en la habitación del hospital compensaba todos los esfuerzos de Julia de los últimos días. Conmovida por el estado de su progenitor, depositó un beso en su frente y se sentó en la silla vacía del acompañante tomando una mano entre las suyas. Pocas palabras bastaban para expresar la alegría del encuentro.

-Regresaré mañana, te dejo descansar, murmuró Julia, sintiéndose muy cansada ella misma y se alejó camino al pasillo donde las esperaban silenciosas su madre y su hermana contemplando la escena desde la puerta.

Descansando un momento en su cuarto de niña, absorbiendo las últimas emociones mientras iba instalando lo esencial en su antigua cómoda, Julia sentía todavía la sensación del calor de las manos febriles de su padre en las suyas.

En la planta baja se escuchaban las voces de los sobrinos que reclamaban la presencia de la tía viajera, mientras las dos otras mujeres se atareaban en la cocina.

Antes de bajar para reunirse con su familia, Julia observó su habitación que no había cambiado desde sus primeros años y deslizó suavemente los dedos sobre la colección de libros siempre bien alineados sobre los estantes de la pequeña biblioteca de madera gris que tanto había animado su imaginación durante toda su infancia. Sonrió pensando como hoy día, esa colección había aumentado en su cotidiano, cuando en las librerías elegía los mejores autores pensando que pronto estarían en las manos de algún pequeño lector o lectora provocando el mismo deleite que solían provocar esas lecturas en ella a la misma edad.

Los bracitos de los niños de su hermana, un pequeño de tres años y la mayor de seis, la rodearon con la alegría de sus jóvenes añitos contagiando con su energía y sacó de su bolso algunos regalitos que había podido adquirir rápidamente en los freeshop del aeropuerto mientras esperaba su tránsito. Luego llegó a la amplia cocina donde su mamá, luciendo un gran delantal estampado que le había traído de su viaje a Grecia, terminaba de preparar la salsa de tomate que acompañaría los raviolos hechos en el día, especialmente encargados en la fábrica de pasta, poniendo en evidencia sus orígenes italianos en la preparación de cada plato.

La radio sobre el estante de la repisa anunciaba las noticias del día con la misma voz monocorde de siempre. Un accidente de la ruta a la entrada de la ciudad llamó la atención de Julia y de su hermana. La víctima: una mujer de unos sesenta años había fallecido desde su entrada al hospital. Julia no comentó nada para no estropear la fiesta de su llegada, pero recordó la última mirada de la mujer que horas antes cruzaba la suya y la guardó en su corazón, evocando mentalmente una oración por el descanso de su alma.

Rato más tarde, después de una copiosa cena, los ruidos que producía el choque de la vajilla cambiando de manos durante el lavado se mezclaban a las voces de los adultos y a las risas de los niños jugando al final de ese día tan especial.

A la mañana siguiente, Julia aceptó a regañadientes, sintiéndose todavía muy cansada por el viaje; la invitación de su hermana para ir a visitar a su hermano mayor, que vivía con su familia en la casa rural que había pertenecido a sus abuelos maternos.

Comenzaron el día con una corta visita a su padre en el hospital, al que encontraron con mucho mejor semblante que el día anterior. Siguiendo con la mirada fija en la pantalla del televisor de su cuarto el partido de la copa América entre Uruguay y Argentina, un clásico que no se perdería por nada en el mundo, las saludó con un gesto significativo, apenas dándose por aludido cuando Julia le dijo que volvería a visitarlo al día siguiente.

Así partieron las dos más tranquilas en el auto hacia el sur de la provincia, con los dos niños, en un tiempo soleado y tibio. Un par de horas después llegaron a la bifurcación de la ruta que indicaba la entrada a la carretera tan conocida.

La añoranza se apoderó de Julia desde la primera vista de la hilera de acacias que marcaban la avenida hasta la casa campestre. El ladrido de los perros que vigilaban la entrada alertó a la familia que, dejando las tareas de lado, salió al encuentro del auto que estacionaba en la entrada.

El aroma de los eucaliptos y el balido de los animales invadieron los sentidos de Julia desde que bajó del auto.

Acarició la cabeza de los dos *bóxeres* que reconociéndola al instante, vinieron a su encuentro moviendo la cola contentos y abrazó a su hermano y a su sobrino adolescente que llegaban atrás.

Esperando su turno con una sonrisa, su cuñada con la niña menor en los brazos le deseaba la bienvenida invitándoles al interior de la gran casa de ladrillos y techo de tejas rojas.

Pasaron directo a la gran sala que oficiaba de comedor y de cocina. Los niños se dispersaron en el patio delantero corriendo algunas gallinas y haciendo berrear de susto al ternero que acaba de beber su biberón.

Las conversaciones se extendieron hasta el mediodía entre mate y mate, intercambiando noticias y anécdotas de los últimos días de Julia por un lado y de la familia por el otro, hasta que llegó hasta el grupo el olor del asado a las brasas que preparaba la cocinera con la ayuda de la dueña de casa, quién no quería perderse la animada charla entre idas y venidas para vigilar la comida. Todos se acomodaron en las sillas de madera alrededor de la gran mesa al lado de la puerta-patio, llamando a los niños para el almuerzo. Julia aceptó encantada el ramo de margaritas y flores silvestres que le traía la pequeña de la familia, quien corrió a esconderse tras las faldas de su madre, una vez liberada de su manojito.

Después de probar el segundo asado de su estadía, esta vez optó por unos riñones y chorizo acompañados de una abundante ensalada de lechuga, tomates y rabanitos, saboreando lentamente cada bocado sabiendo que esas oportunidades serían contadas una vez de regreso a su país de acogida.

Julia se unió al grupo y salieron a caminar por los senderos que los conducían a la quinta donde su cuñada exhibió orgullosa sus últimas plantaciones: lechugas, tomates, papas, zapallitos y perejiles lucían en hileras paralelas en la tierra negra y generosa bajo el tibio sol del otoño.

Un espantapájaros sonreía grotescamente desde lo alto de su palo saludando con sus raquílicas manos movidas por la suave brisa y espantando los pocos benteveos que se atrevían a volar cerca del grupo. Pasando de largo entre animadas conversaciones, los adultos descolgaron cuidadosamente algunos racimos de uvas que pendía de los viñedos cercanos a la quinta convidando a los niños que saltaban felices alrededor.

Julia rechazó la invitación de su sobrino para dar un paseo a caballo por las tierras, la idea de una cabalgata la seducía enormemente pero su cuerpo dolorido de tanto trajín no resistiría tanto movimiento. Solo el hecho de estar rodeada de su familia en el campo donde había pasado una buena parte de su infancia, despertaba en ella vivos recuerdos y un agradable bienestar.

Un suave contacto en su mano derecha acompañado de una vocecita infantil la sacó de su momento de meditación.

- *¿Tu eres mi tía verdad?* Julia acarició los rizos de la niña sonriendo ante la mirada interrogativa de sus ojos color miel.

-*Sí, mi querida*

- *En Canadá hay mucha nieve?*

- *¡Sí! hay un montón! ¿Quieres que te cuente una historia?*

¡Sí! exclamó la niña con un brillo en su mirada.

Julia alzó a su sobrina en los brazos y caminó hasta la sombra de un ombú añejo cuyas raíces servirían como asientos, dejando que los otros adultos siguieran su recorrido.

Los otros chicos que no muy lejos seguían atentamente los movimientos de su primita se acercaron lentamente.

- *¿Podemos escuchar el cuento también?* preguntó uno de ellos.

- *¡Por supuesto!* respondió la tía y depositando a la niña en el suelo se instaló confortablemente en el medio del pequeño círculo.

La historia del osito blanco que no quería irse a dormir y de sus aventuras perdido en la nieve mientras buscaba a su mamá fascinó a los sobrinos de la bibliotecaria quien se sintió feliz con la atención de los niños. La voz de su hermana apresurando el regreso interrumpió la magia del momento y los chicos se dispersaron corriendo para aprovechar los últimos minutos de la visita en el campo, como Julia y sus hermanos en otra época.

La despedida fue breve pero emotiva, no sabiendo cuándo ni en qué circunstancias se encontrarían la próxima vez.

Como una línea plateada se extendía la ruta delante de los ojos de las dos hermanas en el auto que rodaba velozmente, recorriendo la distancia que las separaba de la ciudad.

Los dos niños dormitaban en el asiento posterior cansados del largo día que acababan de disfrutar al aire libre.

Al otro día y los días siguientes, Julia repartió su tiempo entre las visitas a su padre todavía en el hospital pero que mejoraba notablemente y breves encuentros con conocidos del pueblo, con los que intercambiaban noticias y chismes de antiguos compañeros del colegio, muchos de los cuales hasta había olvidado su existencia. Sus antiguas amigas organizaban encuentros casi a diario, interesadas en conocer todos los detalles de su vida en Canadá, pero Julia debía declinar varias veces por falta de tiempo.

En los momentos libres de su hermana aprovechaban para ir de compras y tomar un café en el centro comercial, conversando largo rato sin interrupciones, disfrutando de esos preciosos momentos juntas y grabando en su mente las facciones, los colores, los olores, los ruidos y las sensaciones que le procuraba estar de regreso en su tierra.

Llegada la tardecita, acompañaba a su mamá ayudándole en las tareas caseras, consciente de que su visita agregaba un peso a sus ocupaciones ya cargadas con la enfermedad de su padre y con su trabajo de peluquera a tiempo parcial.

Los días pasaron rápidamente y pronto Julia comenzó a preparar su equipaje en el que apenas entraban sus nuevas adquisiciones y los regalitos que la familia le había preparado. La tarde anterior a su partida, yendo a visitar a su padre para despedirse, no esperaba encontrarlo vestido y de pie al costado de su cama anunciando con una gran sonrisa su alta del hospital.

Su madre conversando con su médico especialista recibía las instrucciones para sus cuidados en la casa. El doctor casi tan sorprendido como ellas hablaba de una remisión milagrosa:

- Esto significa que incluso cuando no hay signos de leucemia después del tratamiento, lo que se conoce como remisión completa, es probable que la leucemia regrese en algún momento.

Julia abrazó a su padre llorando de alegría quien le devolvió el abrazo emocionado.

- ¡Pero qué linda sorpresa! ¡no esperaba dejarte ya en casa de regreso!

-Tu visita me ha dado las fuerzas que me faltaba para esto y dio algunos pasos para salir de la habitación animado por los aplausos de las enfermeras que lo cuidaron durante todo el tiempo de internación.

Se acomodaron en el auto para regresar todos, las dos hermanas ayudaron a su padre a instalarse cómodamente con su mamá en el asiento de atrás.

- ¡No me habías dicho nada! exclamó Julia secándose las lágrimas.

-Lo supe ayer, contestó su hermana y no hubiese sido sorpresa, agregó sonriendo, mirando por el retrovisor si ambos iban bien.

La última velada terminó temprano. Julia abrazó a su papá una vez más diciendo que la hacía muy feliz el hecho de verlo tan recuperado.

-Pronto retomaremos nuestras conversaciones por Skype, comentó sonriendo.

La mamá de Julia acompañó a su marido a instalarse en su dormitorio después de abrazar a su hija a su vez.

Ya en su cuarto recuperándose de tantas emociones, las palabras del libro de Cervantes vinieron a su mente como un presagio:

'Confía en el tiempo que suele dar dulces salidas a muchas amargas dificultades'

Verano

Julia depositó su maleta en la entrada de su apartamento y salió nuevamente a recuperar al gato, que había quedado al cuidado de su vecina de piso.

Le había resultado imposible encontrar un lugar para dejarlo en tan poco tiempo antes de su viaje. Sabiendo que la dama conocía bien a su animalito porque cuando éste se paseaba en sus escapadas por los pasillos del edificio le daba alguna golosina para gatos, se animó dada la urgencia de la situación a pedirle ese servicio, ofreciéndole lo mismo que hubiese pagado en otro sitio. Su vecina aceptó inmediatamente, asegurando que era un placer para ella cuidarlo durante ese tiempo y no quiso ninguna suma a cambio.

La anciana apareció en su entrada con una sonrisa y en ese momento; el gato se escapó entre las piernas de las dos mujeres metiéndose rápidamente por la puerta del apartamento que Julia había dejado abierta.

Agradeciendo vivamente por haberlo cuidado, puso entre las manos de la amable señora un paquete conteniendo un lindo cuenco artesanal adornado con un ramillete de flores artificiales, presente que ésta última aceptó embelesada.

Ya en la puerta, Julia llamó al gato varias veces sin resultado. Enfadado por el largo abandono demoró en aparecer. Optó por dejarlo tranquilo en su escondite, conociendo sus mañas y esperando un rato. Solamente cuando llenó el bol en la cocina, el sonido de los granos de su comida lo hicieron acercarse lentamente para demostrar su enojo.

Julia sonrió y aprovechó para acariciar el suave pelaje beige del animalito murmurando palabras cariñosas en su oreja. Terminaron el día juntos en el diván; el gato ya no se quería separar de su dueña y apoyaba la cabeza en su falda, mientras ésta última verificaba los mensajes más importantes en su celular y miraba de reojo las noticias en la televisión encendida para ponerse al día de lo sucedido en el país durante su ausencia.

Una semana después Julia bajó los dos pisos que la separaban de la calle cargando su bicicleta y montando hábilmente sobre el asiento, comenzó a pedalear con fuerza para remontar hasta la ciclovía que la conduciría hasta el parque Maisonneuve.

Veinte minutos después rodaba ya en el inmenso parque, inmersa en un verdor esplendoroso ayudada por la temperatura ideal que anunciaba la llegada inminente del verano.

Su espíritu vagaba por el hermoso paisaje, pero al mismo tiempo sus pensamientos le impedían disfrutar plenamente de la naturaleza, teniendo que tomar muy pronto una decisión que cambiaría su vida por completo. Una oportunidad única se había presentado unos días después de su llegada.

Revisando distraídamente sus e-mails en su trabajo durante una pausa, un mensaje atrajo inmediatamente su atención.

Adam le enviaba una oferta de empleo muy interesante para ocupar un puesto en una gran biblioteca en la ciudad de Quebec.

-Irme a trabajar a Quebec...pensó en voz alta.

La ciudad había fascinado a Julia desde su primera visita turística en su primer verano en Canadá.

El castillo Frontenac domina la vista hacia el puerto desde lo alto y las abundantes terrazas, escaleras y miradores que permiten apreciar la arquitectura de la parte antigua de la ciudad, contando en el silencio de sus muros la historia de su conquista y de su construcción.

-Y Noelia que ya se instaló por allá con su hija. ¿Por qué no?

La bicicleta se deslizaba rápidamente en una bajada del sendero y Julia dejó de pedalear por un momento dejándose llevar por el impulso y disfrutando de la tibia brisa que acariciaba su cuello y hacía ondear sus cabellos. Hizo un alto para descansar sentándose sobre una roca al lado del camino.

-Por otra parte, dejar Montréal, esta gran ciudad que me ha dado tanto- pensó.

Más tarde bebiendo lentamente su taza de té verde en su balcón, la nostalgia la invadió por un momento pensando cuando volvería a contemplar los edificios y las avenidas desde ese ángulo, un rincón de la ciudad que nunca terminaría de apreciar.

Sin embargo, era consciente del amor de su espíritu aventurero por los grandes cambios y de que siempre tendría la posibilidad de regresar.

Depositó la taza media vacía sobre su escritorio y abriendo lentamente su laptop envió su candidatura seguida de un email a su amigo agradeciendo la propuesta. El tiempo se transformó desde ese momento en espera.

Espera que no resultó ser muy larga. En menos de una semana la esperaban para una entrevista. Su currículum vitae y experiencia intercultural resultó muy interesante para los directores de la biblioteca. Esta vez reservó un lugar en un coche compartido, manera económica de viajar por el día que ya había utilizado en otras ocasiones.

Los pájaros la despertaron a las cuatro de la mañana con sus trinos y gorjeos en este primer día del verano. Julia se levantó sin mucha prisa dada la hora temprana, cerrando la ventana de su cuarto que había quedado entreabierta.

Se vistió con un atuendo discreto que componía una camisa blanca y una falda de color azul, anticipando el calor del día. Después de tomar un desayuno liviano y de acariciar al gato que mimoso se pegaba a sus piernas, intuyendo la soledad que le esperaba por el día, partió a su cita con el automóvil que la esperaba no muy lejos de la esquina de su apartamento.

Una vez instalada en el asiento de atrás - ésta vez solamente con el chofer- ocupó su mente anticipando las preguntas y preparando las respuestas para su entrevista. Si le daba el tiempo pasaría a visitar a su amiga en el apartamento donde se había instalado unas semanas antes.

Sin mucha sorpresa, la respuesta no tardó en llegar, dado el éxito de su entrevista (las preguntas y las pruebas que logró pasar le resultaron fáciles y bien adaptadas a su experiencia profesional)- y así en pocos días su mente se tuvo que ocupar en todos los detalles de una mudanza inminente.

Tras dar su dimisión en la biblioteca donde se desempeñó durante los últimos tres años, lo que provocó una sorpresa entre sus colegas y una agradable despedida que apenas tuvieron tiempo para organizar, Julia se concentró en la búsqueda de una nueva vivienda donde aceptaran gatos, por cierto, en la capital de la provincia. Desanimada por lo arduo de esas averiguaciones, optó por pedirle ayuda a Adam, quien inmediatamente se puso a investigar y logró en poco tiempo encontrar el lugar perfecto para su amiga muy cerca de su nuevo lugar de trabajo. El lugar visto por imágenes agradó mucho a Julia, pensando que Adam no había olvidado sus gustos.

Julia bajó precipitadamente las escaleras del edificio al escuchar el timbre del camionero que la esperaba para iniciar la mudanza. Terminada la carga de algunos de sus muebles que le era imposible separarse y de su bicicleta, pudo convencer al gato de introducirse en su jaula. Viendo el apartamento completamente vacío y saliendo, golpeó la puerta de la vecina para despedirse con un abrazo. La buena señora lagrimeaba diciéndole cuánto la iba a extrañar. Julia prometió pasar a saludarla desde su primer regreso a Montreal. Una vez abajo se aseguró que los transportistas tenían la dirección correcta y se instaló con sus últimos efectos en el auto alquilado para la ocasión lista para seguir al camión. Ya saliendo de la ciudad y tomando la ruta que había recorrido apenas un par de semanas antes como pasajera se felicitó por haber puesto su licencia de conducir al día y respirando profundamente se resignó a manejar sin parar las pocas horas que la separaban de su nuevo domicilio.

En un par de días su nuevo hogar lucía acogedor. Con la ayuda de Noelia y de Carla, Julia logró dejar todo funcional justo antes de presentarse a su nuevo empleo. Sus amigas acudieron el mismo día de la mudanza para ayudar a la bibliotecaria a instalar sus muebles y pasar una tarde agradable riendo y poniéndola al día de los últimos acontecimientos entre cargas y acomodos.

-Ya verás, ¡Todo va a estar bien! comentó Noelia ante la desazón de su amiga delante de toda esa faena.

Ya tarde lograron prepararse una taza de té y disfrutaron de una cena vegetariana comandada en un restaurante cerca sin fuerzas ni ánimo de probar la nueva cocina.

Las dos amigas abrazaron a Julia, muy contentas de tenerla cerca y la dejaron descansar sola. Una vez que la puerta se cerró detrás de ellas, el gato salió de su escondrijo completamente mareado y enojado con tanto cambio y alboroto. Julia lo alzó colocando delicadamente en sus rodillas y murmuró mientras le acariciaba las orejas repitiendo las palabras de su amiga: *- "ya verás todo va a estar bien"*

El cálido recibimiento en su nuevo trabajo ayudó enormemente a Julia para su adaptación.

Un nuevo proyecto de enriquecimiento en lenguas extranjeras para la integración de los nuevos inmigrantes a la ciudad hacía muy interesante su experiencia. La biblioteca situada en un barrio popular de la ciudad de Quebec proponía en sus programas culturales la creación popular, el arte y la acción social que son transmitidos por el lenguaje, lo que acercaba enormemente las aspiraciones de la nueva bibliotecaria.

Las primeras semanas en su nuevo hábitat pasaron rápidamente para Julia, en un torbellino de actividades para prepararse antes del otoño. Aprendió a orientarse nuevamente en su rutina con el apoyo constante de su amiga, a quien veía casi cotidianamente visto la cercanía de sus casas y de su hija quien logró un fin de semana llevarla a visitar su fundación humanitaria que funcionaba plenamente en verano con su producción al máximo de frutas y verduras.

Omar corrió a recibirla felicitándola por su nuevo puesto y la invitó a pasar un rato en su saloncito para conversar, muy contento con su regreso. La charla se prolongó más tiempo del esperado con las informaciones recientes sobre los nuevos allegados a la causa y las necesidades que se imponían. Lo que hizo germinar una idea en la cabeza de Julia. Decidió sin embargo hacer algunas averiguaciones antes de formular sus planes.

Antes de partir, Carla llenó sus brazos con frascos de conservas caseras, lechuga y tomates frescos en guisa de bienvenida.

Al comienzo de la semana, recibió una llamada de Adam quien regresaba de sus vacaciones y deseaba saber cómo iba en su nuevo puesto.

Se dieron cita en un pequeño restaurante a medio camino entre las dos bibliotecas para verse a mediodía y poder charlar a gusto.

Cuál no sería su sorpresa cuando al llegar al lugar convenido vio pasar delante de ella a una de sus nuevas colegas de trabajo y con una gran sonrisa sentarse al lado de Adam que ya la esperaba en una mesa.

Adam se levantó para saludarla y al mismo tiempo le presentó a su novia, quien con un guiño de ojo acomodó su asiento entre los dos. Julia comprendió entonces la causa de su incomodidad desde el momento en que la conoció una semana antes, por la fría bienvenida de su parte que contrastaba con la calidez del recibimiento de su nuevo equipo de trabajo.

Sintiéndose un poco contrariada pensando que hubiese preferido encontrar a Adam a solas, tomó asiento a su vez disimulando su descontento con una sonrisa.

Saboreando la ensalada con pollo rápidamente, visto el poco tiempo que tenía para comer, Julia se sintió más animada y distendida. La atmósfera se volvió más alegre después de algunos chistes a propósito de la temperatura en la ciudad tan cambiante por momentos y al final del encuentro la bibliotecaria se animó a mencionar su proyecto de biblioteca ambulante para poder llegar a la población alejada del centro y así hacer llegar la cultura por intermedio de la lectura y otras actividades relacionadas; pidiendo consejo sobre las posibilidades de transporte y de subvenciones.

Adam encontró la idea muy interesante y prometió evaluar la propuesta e informarse al respecto lo más pronto posible.

Julia y su colega caminaron juntas hasta su trabajo, toda la frialdad del principio había desaparecido, habiendo comprobado esta última que la relación entre su novio y Julia era puramente amistosa.

Sin embargo, una vez en su escritorio, la tarde se le hizo larga no sabiendo muy bien por qué. Sintióse inquieta y contrariada contaba los minutos para terminar esa jornada al mismo tiempo que los libros que debía rectificar pasaban por sus manos distraídamente.

Ya de regreso a su piso, abrió grandes las ventanas, ajustando cuidadosamente los mosquiteros para dejar entrar el aire fresco, un poco húmedo del atardecer e impedir al mismo tiempo la circulación de los insectos que se aglomeraban al exterior. El gato se acurrucó entre las piernas de Julia desde que ésta se sentó a descansar impidiéndole de un gesto de la mano saltar hasta su regazo.

El sonido de su celular la sobresaltó despertándola de su corta siesta. Adam en su mensaje la invitaba para ir a contemplar el eclipse anunciado dentro de dos días desde un punto de observación espectacular y esta vez sin su novia, prometía; disculpándose por el encuentro inesperado de esa mañana y queriendo también conversar con ella a solas. Julia respondió inmediatamente que no había nada que perdonar y que le respondería al día siguiente.

Tendría toda la noche para evaluar la situación se dijo a sí misma y tras prepararse una tisana de menta que la ayudaría a dormir, siguió su sueño bruscamente interrumpido, esta vez en su cama con el gato a sus pies.

En la mañana del eclipse, Julia se levantó más temprano que de costumbre y tras la ducha de agua fría después de su vaso de agua caliente con limón en ayunas, su secreto para mantenerse en buena salud, se preparó un desayuno ligero. Dudó un momento en llegar pedaleando su bicicleta hasta el lugar de la cita. Finalmente desistió pensando en las estrechas calles empedradas y las empinadas subidas que rodeaban la ciudadela y la “*basse ville*” hasta llegar próxima al Castillo Frontenac donde la esperaría Adam con los lentes solares especialmente concebidos para contemplar el evento. Decidió salir caminando y si llegaba a pasar un autobús, lo tomaría por el camino.

Muy poca gente caminaba por las calles a esa hora tan temprana en la ciudad de medio millón de habitantes que se despertaba a un amanecer inusitado.

Julia caminaba admirando por enésima vez los edificios de piedra que se veían más antiguos cerca de la parte vieja del centro.

Enamorada de lo pintoresco del paisaje, se preguntó si sería tan bonito también durante el crudo invierno canadiense. Levantando la cabeza, su ensimismamiento se disipó al ver a Adam que avanzaba sonriente hacia ella con dos vasos en cartón de café humeante. - *Espero que no hayas cambiado tus gustos.*

No habiendo terminado todavía el suyo, guardó su taza cerrada herméticamente en su mochila y aceptó con una mueca, agradeciendo al mismo tiempo el que le ofrecía su amigo. - *Moka chocolate! ¡Delicioso!* exclamó Julia.

Caminando juntos el trecho que les faltaba para llegar al punto donde podrían apreciar mejor el sol, que ya comenzaba a mostrarse a través de los árboles que todavía les tapaban la visión, Adam no paraba de hablar, explicando la historia de cada lugar que atravesaban desde la fundación de la ciudad en 1608.

Julia no pudo evitar una sonrisa de soslayo recordando lo mismo en su viaje a Grecia años atrás, país tan rico en historia y tradiciones. La mayoría de los hechos que contaba ya los conocía bien siendo tan apasionada por la historia como él.

Adam se interrumpió cuando llegaron al observatorio en la amplia terraza céntrica donde ya se encontraban reunidos algunos grupos de personas por el mismo motivo.

El sol comenzaba a asomarse ya grande y medio tapado por la luna, siendo un eclipse parcial. Ambos se pusieron los anteojos para la ocasión y por un momento se quedaron sin palabras ante el evento.

Terminado el espectáculo comenzaron a descender las escaleras dejando atrás la explanada y la conversación derivó a temas más personales.

-No me debes ninguna explicación, atajó Julia desde que Adam comenzó a excusarse. *Nuestro encuentro es puramente amistoso y profesional; ya sabes cuál es mi interés al respecto.*

Viendo que la actitud de su amiga continuaba siendo fría y distante, Adam se limitó a hablarle de lo que se había podido informar hasta el momento para sus planes, asegurando que pronto tendría una respuesta de sus contactos.

Al momento de separarse en distintas direcciones, Adam quiso besarla, pero Julia se esquivó mirándolo fijo a los ojos. *-'Olvídalo'* parecían decir y desapareció doblando la esquina de un paso rápido y seguro.

El fin de semana Julia aceptó la invitación de su amiga para ir a la piscina a regañadientes. Hubiese preferido quedarse en su casa para terminar las decoraciones pendientes y relajarse sola, pero ésta última insistió y finalmente se dejó convencer. La temperatura de ese día resultó ideal.

El contacto del agua fría en su piel caliente le hizo un efecto revitalizante. Unas pocas brazadas bastaron para hacerla sentir relajada y descansada.

Recostada en la reposera de vinilo blanco al borde de la pileta, media somnolienta, mientras esperaba a Noelia quien estaba de gran charla con un conocido; se dejó sumergir por los recuerdos de su infancia que le traían las emociones encontradas de los últimos tiempos.

Habiendo aprendido a nadar desde muy pequeña en la playita del río durante sus vacaciones veraniegas bajo la mirada vigilante de su madre, Julia agradecía en su interior a su padre por haberle sacado el miedo al agua con su paciencia infinita. Hoy día la natación formaba parte de su cotidiano, buscando siempre una piscina cerca para ejercitarse tanto en invierno al interior como en verano afuera.

-No era tan mala idea; pensó

Noelia se sentó a su lado ya terminada la conversación.

- ¡Vamos a comer algo! exclamó -Luego debo pasar a buscar a Carla, ¿me acompañas?

Esta vez, el agua y el ejercicio al aire libre le habían despertado el apetito así que aceptó la proposición sin miramientos.

Tras una succulenta *poutine*, típica comida del Quebec que Julia trataba de evitar dado la gran carga de calorías, acompañada de ensalada César las dos amigas se dirigieron al antiguo monasterio.

Omar en persona las recibió en la puerta con su perpetua sonrisa y las invitó a entrar, monopolizando a Julia con su conversación intermitente pero agradable. Aprovechando la ocasión esta última para hablarle de su proyecto que incluiría la distribución de libros y otros documentos para el préstamo a los integrantes del programa. El entusiasmo de Omar la hizo sonreír y lo acompañó hasta su despacho para prolongar la conversación sobre el tema dejando por un momento a su amiga charlando con su hija.

Sobriamente decorado, desde que entraron percibió la energía positiva de la pieza. En un derroche de luz, los pocos muebles estratégicamente acomodados provocaban deseos de quedarse largo rato en ese lugar. Un gran jaulón poblado por tres canarios de razas similares, que mezclaban sus trinos al unísono, alegraba los oídos de quienes lo escuchaban.

A pesar del bullicio, Julia escuchó atentamente la proposición de Omar: - *Es curioso cómo estamos conectados* dijo. Julia enarcó las cejas en un gesto interrogatorio.

- *Justo estamos programando una gran reforma al programa y también de construcción. Hemos tenido apoyo hasta del extranjero para agrandar nuestro proyecto con paneles solares y utilizar así solo las energías renovables.*

- *¿Y en que podría ayudar yo?* preguntó alzando la cabeza.

La mirada de Omar no era puramente profesional, el brillo de sus ojos negros quería decir algo más y tal vez no se atrevía temiendo la respuesta. Un sentimiento conocido se adueñó de Julia en una lucha con su subconsciente diciéndose que Omar tenía diez años más que ella.

Quedaron mirándose frente a frente sin decir nada y por un momento hasta los pajaritos hicieron silencio en la pieza sintiendo la tensión reinante en la atmósfera. Solo se escuchaba el rumor de conversaciones lejanas y de pasos y puertas que se abrían o cerraban en el pasillo al exterior de la oficina.

Finalmente, Omar se acercó y tomando sin brusquedad la mano de Julia logró expresar la frase que quemaba sus labios desde hacía tiempo; - "*Estoy tan enamorado, hasta miedo me da de no ser correspondido.*"

Lo sintió desamparado por un momento hasta que pudo percibir en su sonrisa casi un asentimiento, sin embargo, se apuró a aclarar que lo pensaría, que en el fondo sus sentimientos no estaban tan lejos de los suyos, pero que la situación la tomó un poco por sorpresa y debía meditar sobre el asunto.

Una vez en su apartamento, Julia no podía dejar de pensar en los acontecimientos del día. Bien instalado en la nueva repisa todavía vacía y sin adornos, el gato la observaba fijamente. Sentada delante de su computadora, no atinaba a terminar la carta dirigida a sus padres. La semana anterior tenía tantas cosas que contar, relatando los cambios recientes en su vida y ahora no lograba conciliar las palabras y darle un fin para poder enviarla por e-mail.

¡Y yo quería escribir un libro! pensó en voz alta. *-Tal vez sería bueno ir recopilando mis ideas desde ahora y cuando tenga tiempo libre en mi jubilación lo hago publicar,* se dijo resignada, pero inmediatamente desechó la idea diciéndose que quizás dentro de unos treinta años todas esas ideas perderían actualidad.

-Tener que tomar una decisión tan importante ahora que acabo de comenzar una nueva experiencia de trabajo... Se levantó para asomarse al balcón y respirar un poco buscando la inspiración que le faltaba. El gato saltó de la repisa para seguirla, frotándose en sus piernas. Julia acarició apenas su cabeza pensando distraídamente que todavía no era la hora de su ración. El aire fresco envolvía su cuerpo cansado mientras su vista recorría el paisaje callejero: la gente sin prisa, los edificios... desde las alturas hasta vagar por el verdor de las plantas de su terraza que oscilaban bajo la brisa del atardecer.

Toda la energía de su mente se concentraba en los cambios que vendrían pronto en su vida si aceptaba la propuesta de Omar. Sonrió para sí misma recordando su mirada y su declaración un poco clásica pero sincera. Además, un nuevo puesto creado para ella que comprendería viajes y conferencias en un contexto de investigaciones relacionados con el proyecto humanitario de esa envergadura cambiaría completamente su vida. Probablemente la vida de ambos.

Regresó al interior mientras el gato resignado por la falta de atención se volvió a instalar donde estaba para seguir contemplando a su dueña hasta que ésta última se decidiera a darle lo que él quería.

¡Suficiente por hoy! se dijo Julia y cerrando su laptop se fue a acostar con el cuerpo todavía caliente pero los pies fríos. Viendo sus movimientos, el gato se dignó a bajar de su cómoda posición en la repisa y se acurrucó sobre las sábanas a los pies de la cama contra las piernas de su dueña.

Julia apagó la luz de la lámpara y se dejó llevar por una sensación de bienestar que comenzó a invadir su cuerpo ya cargado de melatoninas.

Cerrando los ojos, se preguntó si a Omar le gustarían los gatos.

El proyecto propuesto por Omar resultó ser un éxito. Julia dedicó sus conocimientos en relaciones públicas para conseguir los útiles necesarios a la empresa y pronto obtuvieron el aval de la intendencia para ponerlo en práctica.

Un ómnibus colorido y repleto de libros incluyendo series y varias colecciones infantiles, se instalaba dos veces por semana frente a la Fundación atrayendo cada vez más gente interesada en el préstamo y algunas actividades de lectura que Julia ofrecía personalmente. Dentro de sus tareas debía supervisar los préstamos a domicilio y las devoluciones dentro de la fecha cuidadosamente identificada para cada usuario.

Pronto necesitaron ayuda y Noelia se ofreció en su tiempo libre como voluntaria aprovechando a compartir así el tiempo con su amiga, pero tuvo que regresar a su obligación una vez finalizada sus vacaciones.

Siendo la subvención insuficiente, organizaron con algunos miembros de la institución algunas actividades para recolectar fondos. Entre rifas, ventas de té, café instantáneo, chocolates y por último una gran cena compuesta de espaguetis, café y postres en uno de los locales prestado por el establecimiento, lograron obtener una generosa suma para terminar de pagar los diferentes gastos no asumidos por la municipalidad.

Esta nueva experiencia agradó mucho a la bibliotecaria permitiéndole acercarse a la huerta casi cotidianamente y ayudar personalmente en las cosechas de frutos ya maduros al final del verano y en la preparación de conservas en sus ratos libres para la alegría de Carla que consideraba a la amiga de su madre como si fuese su tía.

La vista al viejo puerto de Quebec resultaba magnífica para los dos seres que silenciosos observaban el paisaje desde el muelle. El viento soplaba fuerte en esa tarde de agosto acariciando y entreverando los cabellos de Julia quién miraba de soslayo a Omar sintiéndose atraída por la fineza de sus rasgos. Adivinando su mirada, Omar dio vuelta la cabeza encontrando sus ojos y el brillo de su sonrisa. Se dieron la mano instintivamente y continuaron el paseo por la rambla al costado del agua del río que centelleaba bajo la luz mortecina del sol poniente. Las olas formadas por el transbordador fluvial pasando a la velocidad de un crucero hacia la otra orilla se estrellaban contra el borde cerca de ellos.

Su relación con Omar se iba solidificando poco a poco, dándoles la oportunidad de pasar tiempo juntos y conocerse mejor. Julia sentía que los dos podrían formar una pareja sólida, encontrando que sus gustos por las cosas simples de la vida eran muy similares a los suyos y una ideología casi idéntica que cortejaba con sus proyectos en común.

Apretando suavemente la mano de Omar, se dejó invadir por un agradable sentimiento que espantaba la soledad. *¿sería eso el amor?*

Otoño

El otoño se acercaba a grandes pasos y el proyecto del “bibliobús” tomaba fin con la promesa de regresar el año próximo. Unas vacaciones hacían falta a Julia y al equipo que habían trabajado con entusiasmo para llevarlo a cabo durante toda la temporada.

El avión aterrizó suavemente en la pista del aeropuerto de Johannesburgo bajo el aplauso de los viajeros al piloto, felicitándolo por su pericia. Julia apretó la mano de su flamante marido quien sonreía feliz, anticipando el encuentro con su familia para presentarle a su esposa.

Cerró los ojos todavía por un momento rememorando en un *flash* los acontecimientos de los últimos meses desde el día en que Omar se le había declarado en su oficina y ella decidió en un impulso aceptar su invitación y comenzar a salir juntos.

Desde la primera cita la corriente pasó entre los dos y como si se hubiese introducido en otra dimensión, su vida se transformó en un sueño. Las semanas pasaban como en un encantamiento ocupadas en la nueva misión y casi sin saber ni cómo ni cuándo, Julia se encontró pronunciando las palabras preconcebidas en una ceremonia íntima y discreta que la unirían al hombre que sonreía a su lado por el resto de su vida, sino por mucho tiempo se decía mentalmente. Luego vino un corto viaje de luna de miel a la República Dominicana para vivir al ritmo del calor y de los servicios del resort que habían reservado con anticipación, disfrutando del agua turquesa de las playas del sur y secándose al sol en infinita contemplación de ellos mismos, con sus cuerpos mojados contrastando en el paisaje cubierto de arena blanca, caracoles y gaviotas.

La voz del piloto expresándose en perfecto inglés, agradeciendo los aplausos y despidiéndose hasta el próximo vuelo la trajo a la realidad.

Omar descendió el primero buscando un carrito para las valijas y ayudando a Julia con su equipaje. Atravesaron el largo pasillo caminando detrás de otros pasajeros hasta llegar y esperar un buen rato en la sala de la terminal del aeropuerto.

Al final del mediodía lograron estampar sus pasaportes por una estadía de tres semanas, el tiempo necesario para conocer el país de origen de su esposo y su nueva familia.

El hermano de Omar los esperaba ya para conducirlos en su auto hasta la casa de su madre tras un apretado abrazo a su hermano y un ceremonioso saludo a Julia. Atravesaron velozmente las calles de la ciudad entre el medio del intenso tráfico de la tarde. Julia silenciosa escuchaba distraídamente la animada conversación de los hermanos en inglés mientras observaba por la ventanilla trasera del vehículo ese nuevo país desconocido para ella.

La buena señora los esperaba con los brazos abiertos y una sonrisa que Julia conocía bien - *lo que se hereda no se niega* - pensó abrazando a su suegra con la misma calidez.

Un sentimiento de bienestar y paz invadió a Julia durante la cena minuciosamente preparada por Jamilia anticipando el apetito de sus visitas después del largo viaje. Los succulentos platillos de pollo y pescado coloreados de verduras se sucedían y desaparecían entre conversación y bocados para el placer de la cocinera que veía con gusto la apreciación de sus esfuerzos. Una vez terminada la comida, Julia se unió a su cuñada para ayudarla con la vajilla. Ésta última habitaba en la casa de su madre desde que quedó viuda años atrás. Conversando animadamente, la curiosidad general llenaba de preguntas a los recién llegados sobre su vida en Canadá, mientras que la bibliotecaria solo aspiraba conocer todos los detalles sobre la vida en Sudáfrica.

Omar seguía con sus ojos brillantes de amor por su reciente esposa, todo el movimiento y la algarabía que provocaba su llegada en la familia.

El hermano de Omar y su mujer se despidieron rato después alegando la hora tardía para regresar a su casa. Al día siguiente debían trabajar temprano y los dos muchachitos que los acompañaban, que no cesaban de observar a la recién llegada con curiosidad, tenían su colegio temprano.

A juzgar por el cambio de actitud al despedirse, menos reservada que con la que la recibió en el aeropuerto, Julia pensó que tal vez había causado una buena impresión a esa parte de la familia.

Una vez en la habitación que su suegra había preparado para los dos, Julia llamó a su amiga queriendo saber cómo se portaba el gato. Noelia le explicó que finalmente Carla se lo había llevado a la institución donde todavía tenía asilo, visto que Noelia no paraba de estornudar. -"Quédate tranquila que se lleva muy bien con mi hija y parece que en pocas horas se adaptó al ambiente y se lo ve muy feliz" comentó.

Inmediatamente después del matrimonio, Omar había dejado su habitación de soltero en el hogar para mudarse con algunos de sus objetos personales al apartamento de Julia, suficientemente grande para los dos. Julia quedó agradablemente sorprendida de lo bien que se llevaba con el gato, dándole así más valor y regocijo a su relación.

Tras una breve conversación, Julia apagó el celular y acostándose en la gran cama de ébano entre almohadas y sábanas perfumadas, cayó en un sueño profundo completamente agotada por el viaje, dejando a Omar en la cocina para ponerse al día con su madre y sus tíos que todavía estaban en la casa.

¡En Sudáfrica! exclamó su madre desde el otro lado del océano. La voz sonó ansiosa a través de su teléfono, pero Julia conociéndola no exageró su tono y se limitó a contarle sus últimos días sin grandes detalles.

Su familia había participado desde Argentina en su boda por Skype y por fotos que Julia no cesaba de enviarles desde siempre de los lugares donde iba viajando, pero esta vez prefirió llamar a sus padres una vez instalada para no preocuparlos.

“Al menos esta vez estaremos en el mismo paralelo, con horas casi idénticas” dijo Julia terminando la conversación con una risita.

El día se anunciaba caluroso. Tras admirar la prolijidad y la decoración artesanal de la habitación que la noche anterior no había casi contemplado en la penumbra y en su prisa por dormir, Julia se dirigió a la cocina donde Omar ya la esperaba sonriente delante de una taza de café. Desplegado sobre la mesa delante suyo, yacía el periódico local. Sentándose a su vez delante de su taza humeante de café con leche, preguntó por su suegra. Jamilia había salido temprano para organizar el día en su restaurante y poder regresar a tiempo para la comida de la tarde.

Omar se veía muy contento ante el entusiasmo de su flamante esposa por su país y su familia a los que apenas empezaba a conocer.

Julia se sintió impresionada por una noticia en la segunda página del diario que anunciaba la desaparición de un niño de seis años. Omar le explicó que era muy común que los niños se perdieran en la ciudad y que no se preocupara por eso, pero ella insistió sobre el asunto recordando un sueño extraño la noche anterior donde justamente un chiquillo de más o menos esa edad le imploraba con la mirada algo sin saber muy bien qué.

Sabiendo perfectamente que la desaparición de niños era moneda corriente en estos lugares, Omar trató de desalentarla en su intento de iniciar una búsqueda inútil, pero conociéndola lo suficiente decidió acompañarla al menos para que se diera cuenta de lo vano del intento y para que se olvidara del asunto.

Comenzaron el día en la biblioteca municipal como habían planeado desde un principio para el gran placer de Julia que quedó admirada por la construcción y la magnífica distribución al público de libros antiguos, su pasión. Omar consintió dejarla un par de horas en la biblioteca mientras hacía algunas comisiones.

Julia se dirigió a los archivos para sumergirse en la historia de la populosa ciudad fascinada por la homogeneidad de los hechos desde su fundación.

Viéndola tan concentrada en su lectura, un jovencito se le acercó para ofrecerle un lugar mejor para leer. Julia levantó la cabeza y el reflejo de la mirada del muchacho le trajo enseguida el recuerdo de su sueño de la noche anterior. *-La misma mirada-* pensó

Le preguntó si trabajaba allí y a su respuesta afirmativa le pidió ayuda para buscar una referencia. *-Para ese tipo de investigación suba al otro piso, un bibliotecario podrá asistirle-* indicó el muchacho alejándose entre las hileras de libros.

Se levantó en un impulso para seguirlo, pero pronto lo perdió de vista tras una gran columna. Siguiendo sus pasos, atravesó una gran puerta con diseños arabescos y se internó en un largo pabellón vacío que daba a otra puerta de salida. Sin pensar en volver atrás, Julia siguió caminando por el largo pasillo preguntándose dónde se había metido el muchacho. Saliendo a la calle un poco confusa mirando hacia ambos lados, escuchó cerrarse la puerta detrás suyo en un golpe seco. Intentó abrirla sin resultado, arrepentida de haber seguido su impulso. Comenzó a caminar para dar la vuelta y encontrar la entrada de la biblioteca.

El cielo se oscureció por un momento, espesas nubes comenzaron a entrecruzarse y tapar el sol refrescando un poco la temperatura calurosa del mediodía. Un poco inquieta de caminar sola por las calles de la ciudad desconocida, se dijo que al menos no llevaba nada de valor a la vista, como le habían aconsejado. Al llegar a la esquina dio la vuelta y no reconoció la entrada como pensaba. Decidió continuar hasta dar la vuelta a la manzana y apresuró el paso. - *Omar ya debe de estar por regresar a buscarme*; pensó. Llegando a la esquina, un niño de unos siete años parecía esperarla y le hizo señas con la mano para seguirlo. Sin saber muy bien por qué, ante la intensa mirada del pequeño, comenzó a seguirlo desviándose un poco de su camino. El niño le tomó la mano para apurarla y atravesando el boulevard la condujo un par de cuadras sin soltarla hasta una feria de frutas y verduras donde una mujer vestida de vivos colores y con un pañuelo en la cabeza rezongó al niño quien se escondió detrás de unas cajas llenas de frutos exóticos. Julia comprendió su prisa y ante la mirada interrogadora de la mujer, accedió a comprarle algunas verduras.

Una reja detrás del puesto le llamó la atención y Julia preguntó si habría una sala de baño. La mujer indicó con un gesto al niño que la acompañara y atravesando la reja se encontraron caminando por un corredor entre los edificios. Varios chiquillos corrían por los senderos cruzando a su paso algunas gallinas y pollos, escapados de sus corrales. Un gatito negro se vino a frotar entre las piernas del niño implorando cariño, se detuvieron para acariciarlo y Julia pudo contemplar por un momento ese mundo insólito.

Una gran fuente donde se refrescaban algunos jóvenes decoraba el medio del patio. El niño le indicó con el dedo no muy lejos una puertita de madera que debía ser el baño.

Julia se acercó abriéndola con precaución y entró aliviada.

Sin entretenerse mucho y saliendo lo más pronto posible de la letrina rudimentaria, no encontró al niño como esperaba y comenzó a caminar bajo el sol ardiente. Las nubes se habían disipado. Acercándose a la fuente pudo percibirlo entre risas y gritos bañándose con los otros chiquillos.

Julia se refrescó el cuello y la cabeza con unas gotas de agua y siguió caminando, recordando con pena y resignación el aviso de desaparición del chiquillo de la misma edad que le había llamado la atención en el diario de esa mañana.

Encontró la puerta y llegando a la salida, la vendedora masculló algunas palabras que Julia no entendió. Buscando en su bolso, le dio algunas monedas en agradecimiento. Una gran sonrisa iluminó su rostro moreno por la propina inesperada y Julia siguió su camino, envuelta en la calidez de la expresión del rostro que acababa de dejar.

Cruzando la calle tras rehacer el trayecto en sentido contrario, pudo percibir la cúpula del gran edificio de la biblioteca.

Omar la esperaba cerca de la entrada muy preocupado y sin sonreír esta vez caminó hacia ella desde que la vio acercarse. Julia interrumpió sus protestas con un abrazo apretado.

Dado el poco tiempo que disponían y queriendo hacer conocer lo más posible su país, Omar había reservado un safari sorprendiendo a Julia con la proposición, ya que no conocía ese lado aventurero de su reciente marido. Al día siguiente después de un rápido desayuno, se pusieron en camino en un cómodo autobús que en una hora y media los desembarcó en un gran parque Nacional, donde ya los esperaba un chofer en su camioneta 4x4 descapotable lista para el paseo. Impresionada con la vasta vista de la Savannah, quedó muda ante el espectáculo de los inmensos animales que cruzaban al paso del vehículo manejado hábilmente por el guía turístico. Julia apenas pudo hablar durante casi todo el trayecto, tan diferente era el paisaje que se desplegaba delante de todos sus sentidos a lo que ya había conocido en sus viajes anteriores. Desde su posición pudieron distinguir un par de antílopes corriendo velozmente y algunos elefantes a lo lejos pastizando perezosamente mientras que separados por un largo alambrado, una familia de leones se asoleaba bajo el sol del mediodía. Algunos árboles esparcidos en el inmenso territorio prestaban

generosamente su sombra a los guepardos ya saciados y sin mayores tribulaciones. Entre otras explicaciones, el hombre que los conducía y les mostraba las diferentes especies a medida que avanzaban, les habló de la función del inmenso parque y el deseo de conservar lo más posible algunas especies en peligro de extinción como el rinoceronte blanco y la jirafa africana.

Ya en la ciudad, durante la cena en una animada charla, Julia pudo compartir sus impresiones de aquel día inolvidable, para el regocijo de sus cuñadas y de Jamilia que escuchaban atentamente, entendiendo mucho mejor la pasión y la lucha de Omar por la causa de la fauna y la flora planetaria.

Los días pasaron rápidamente, entretenida entre paseos y largas reuniones familiares. Julia no veía pasar el tiempo ocupada y feliz en sus vacaciones, pero en las mañanas la fecha del regreso parecía destacarse sin misericordia en el calendario colgado en la pared de la cocina familiar. Su suegra y cuñados prepararon una fiesta sorpresa de despedida las vísperas de su partida, invitando amigos y otros parientes que trajeron platos típicos, alegría y saludos para la pareja, contentos y curiosos de conocer a la mujer de Omar. Las conversaciones, lágrimas y risas se prolongaron hasta la hora de irse al aeropuerto. Julia agradeció vivamente todo el cuidado y las atenciones, despidiéndose cariñosamente de Jamilia y prometiendo escribirle pronto y enviarles las fotos de *souvenirs* del viaje.

Invierno

Julia se dejó caer sobre su cama con un suspiro. Tras haber recuperado al gato y saludar a Carla, agradeciendo vivamente por haberlo cuidado, regresó sola al apartamento, dejando a Omar muy ocupado resolviendo varios asuntos pendientes que se habían acumulado durante su ausencia. Su mente se pobló de los recuerdos de los últimos días. *Los paseos por la inmensa ciudad desfilaban en forma de bulevares, vehículos y edificios. Varios recorridos se sucedieron para conocer la casa de Mandela, y museos como el del Apartheid y el museo del África que fascinó a ambos ampliando sus conocimientos sobre la historia de la ciudad y colmando sus sentidos en las exposiciones temporales. Mientras iba siguiendo las huellas de la historia del enigmático país, Julia se regocijaba en secreto de no haber vivido en esa época tan dura y llena de prejuicios, pudiendo hoy día vivir su relación sin miedo ni recelos gracias a las luchas y al coraje de tanta gente logrando paso a paso una evolución del planeta entero en ese sentido.*

-“Pero todavía queda mucho por hacer”, pensó observando un gran cuadro de Mandela en el salón principal del gran museo.

El viaje de regreso le resultó más rápido que el de ida, sin embargo, un gran cansancio se apoderó de su cuerpo sumergiéndose en un sueño profundo e inquieto. Un fuerte ruido la arrancó de su siesta despertándose bruscamente. Se levantó de un salto y corrió a la sala donde pudo ver el florero de cerámica roto sobre la alfombra cubierta de pétalos esparcidos entre las flores ya secas, olvidadas antes del viaje. El gato se escondió detrás del sofá desde que la escuchó llamarlo con un tono de voz que presagiaba su enojo. Se acercó a levantar los trozos del florero desperdigados por el piso y descubrió un rollito de papel que le llamó la atención. Desplegando la nota, reconoció la letra pequeña y apretada de Adam. *-Cómo vino esta nota a parar acá;* se preguntó, recordando que el ramo lo había recibido al final de su discurso de agradecimiento a los generosos donadores en una ceremonia de beneficencia para recolectar fondos para la causa de Omar.

“Julia: No he recibido respuesta a mis e-mails desde la última vez que nos vimos. Supongo que tendrás tus razones, lamento como terminó ese encuentro y solo quiero despedirme. Me voy a vivir al extranjero. Te deseo toda la felicidad en tu vida. Has sido lo mejor que he tenido en la mía. PD: Vigila los anuncios de puestos de bibliotecaria, puede haber algo muy interesante para ti; Love, Adam”

La nota terminó en la papelera, pero la última frase quedó resonando en la cabeza de Julia dándose cuenta de cómo extrañaba su rutina del pasado. El contacto con un público deseoso de novelas, las investigaciones elaboradas sobre temas curiosos, la manipulación de las últimas novedades que los lectores esperaban ávidamente, las imágenes artísticas y coloridas (o no tanto) de las portadas, las texturas de las páginas que pasaban por sus manos cotidianamente portadoras de tantas historias escritas por sus autores con empeño y pasión. Suspiró pensando que tal vez un día su propio libro ocuparía un lugar en uno de esos estantes.

Julia dejó su cartera y su abrigo en el perchero y depositó cuidadosamente la coqueta maceta con la violeta africana obsequiada por Omar sobre su escritorio en su nueva oficina.

Abriendo grandes las persianas pudo percibir los primeros copos de nieve que resbalaban dulcemente sobre los edificios de la capital de Quebec. El timbre del teléfono y la voz de la técnica en documentación de la biblioteca la sacaron de su abstracción. Una búsqueda urgente sobre el tema de los insectos para la profesora de un grupo de sexto año de la escuela vecina la llamó a su tarea inmediatamente.

Google apareció festivo en la pantalla de su computadora. La lista de libros apareció al mismo tiempo que el ruido de la impresora copiando las hojas con la información.

-Creo que ya encontré, se dijo pensativa - durante mi almuerzo comenzaré a escribir mi propio libro.

Julia se sentó un momento sobre el muro cerca de la puerta de entrada de la biblioteca. Los jardineros del municipio acababan de plantar en los canteros, bien dispuestos en la vereda al costado del pasaje de los peatones, una gran variedad de flores cuyo aroma y color llenaban los sentidos de la bibliotecaria, quién no se cansaba de contemplar las diferentes formas de los lirios, hortensias y gardenias que se alzaban al sol muy cerca de ella.

La vista de la gente que iba y venía feliz con la agradable temperatura después de los fríos meses de invierno que acababan de pasar, le recordaba otros lugares y otros tiempos. La diversidad y el desenfado de los paseantes despertaba su imaginación dándole ideas para comenzar el primer capítulo todavía pendiente de su libro.

Echando un rápido vistazo a su reloj pulsera *-todavía a la antigua-* pensó sonriendo, se levantó y entró por la puerta del costado, reservada a los funcionarios del gran edificio.

Una pesada lágrima resbaló lentamente por la mejilla de Julia. Temblando levemente logró insertar la llave en la cerradura y abrir la puerta de su apartamento. Como de costumbre se descalzó sobre el tapiz de la entrada y colgando el abrigo negro en el perchero caminó directamente hacia la ventana para cerrar las cortinas que dejaban pasar demasiada luz para su gusto. Se recostó un momento en el sofá acariciando distraídamente la cabeza del gato quién percibiendo el estado anímico de su dueña se instaló silencioso a su lado. Poco rato después se levantó a calentar el agua para prepararse una taza de té sin lograr descansar su cabeza de los últimos acontecimientos.

Una y otra vez repasaba en su mente los hechos recientes buscando el fallo, como si todo lo que había llevado a la muerte repentina de Omar pudiera retroceder en el tiempo y no haber pasado nunca.

Pero la brusca realidad la devolvía al presente.

Vertió el agua hirviendo en la taza mirando el líquido que cambiaba de color al contacto con la infusión de manzanilla.

Regresando a la sala dio vuelta el cuadro con la foto de ambos abrazados y sonrientes, que posaba sobre el aparador cerca de la puerta. Las imágenes del accidente desfilaban sin cesar por su mente. Ese paseo al parque que prometía; por el anuncio que Julia esperaba hacerle a su marido se convirtió en una pesadilla.

Siempre ocupado y preocupado por el avance de sus negociaciones, Omar cruzó la calle para reunirse con ella, pero habiendo olvidado algo en su automóvil, dio media vuelta sin mirar atrás y fue atropellado por un coche que pasaba en ese momento a una gran velocidad. Falleciendo en el acto, sin ninguna posibilidad, *al menos no sufrió* pensó... como magro consuelo y dejó las lágrimas mojar su cara por enésima vez desde los acontecimientos una semana antes, pensando que jamás lograría secarlas.

Sin embargo, algo la impulsaba a seguir adelante.

El anuncio que debía hacerle a Omar empezaba a ocupar un lugar en su vientre y en su vida.

El teléfono interrumpió el silencio con su estridente sonido, pero esta vez Julia no respondió.

Después de una semana de recibir las condolencias y sinceras simpatías de parte de sus colegas, amigos y familiares por todos los medios sociales y presenciales todo lo que quería era un poco de paz. A pesar de la insistencia de Noelia y Carla para acompañarla una noche más, solo aspiraba a un momento sola con su gato, su duelo y su incipiente bebé que pronto empezaría a dar señales de vida indicando su existencia con sus primeras pataditas.

Primavera en el sur

Gustavo corrió, con la velocidad que le permitían las piernas de sus tres años, hasta su abuelo que lo esperaba con los brazos abiertos del otro lado del sendero. Julia se desplazó para darle paso observando la escena con una sonrisa mientras terminaba de ayudar a su cuñada a colgar la ropa en ese día radiante de primavera en el cono sur. Entremezclados con el cacareo de algunas gallinas agitadas por su pasaje y el tintineo de la campanita de un cordero que buscaba a su madre no muy lejos, se escuchaban las voces del abuelo y del nieto, quién repetía pacientemente los nombres de los animalitos que cruzaban por su camino, en español. Julia tomó el gran canasto vacío entre los brazos y siguió a su cuñada camino a la casa. La idea de instalarse definitivamente en su país no cesaba de importunarla.

Ahora que disponía de los medios necesarios para continuar con la educación de su hijo y vivir cómodamente de la pensión que recibía gracias a las inversiones que había dejado su marido desaparecido y de las ventas que resultaron de la edición de su libro después de casi tres años de escritura, interrumpidos por sus múltiples ocupaciones y el nacimiento de su bebé -la copia exacta de Omar- según Jamilia quien había volado literalmente a su lado quedándose con ella durante los primeros seis meses siendo de una valiosa ayuda y consuelo para su nuera.

No queriendo compartir sus sentimientos más profundos con cualquiera, su suegra resultó ser la única persona que podía entender cómo se sentía.

Además, Carla había aceptado adoptar al gato desde el nacimiento del bebé, dado que los celos que manifestaba el animalito constituían un peligro para la criatura. Adaptándose rápidamente a su nuevo medio, terminó siendo la mascota de la alegre comunidad que todos habían ayudado a construir.

Entre tanto, su inspiración iba creciendo al mismo tiempo que su hijo.

Sintiéndose íntimamente conectada con su marido unos días después de su muerte, la bibliotecaria empezó a escribir:

“Sonidos extraños detectados desde el fondo de la galaxia atraían a desconcertados científicos quienes intentaban identificar la proveniencia dejándolos por lo tanto perplejos. Hasta que un día en lo alto de un mirador en Australia uno de ellos concentrado en su radiotelescopio pareció sentir una vibración muy fuerte y apenas comunicado el hecho a su equipo de trabajo, desapareció sin dejar rastros. Inmediatamente comenzaron las búsquedas que no llevaban a nada. ¿Esfumado? ¿Muerto? ¿Secuestrado? Las interrogantes y conjeturas de sus colegas llevaron a intensificar más y más las investigaciones hasta acercarlos a la clave del misterio.

Un objeto único y brillante que venía desde el fondo de la galaxia se volvía invisible a la observación para luego reaparecer parecía tener algo que ver. ¿y el compañero desaparecido seguiría con vida si la teoría del misterioso ovni fuese cierta? Entonces los extraños sonidos ¿provenían de un intento de comunicación extraterrestre desde las profundidades de la vía láctea?”

A medida que avanzaba su historia, Julia se iba sintiendo cada vez más conectada con ese mundo estelar donde sentía que Omar vivía otra vida después de la primera sobre la Tierra. Y así su ausencia cobraba otro sentido.

Julia depositó el gran canasto vacío en la entrada justo a tiempo para recibir a su hijo en los brazos que riendo y gritando huía de la alegre persecución de su abuelo.

¡Papá! Imploró, riendo a su vez y alzando al niño entró a servir el vaso de leche y la galleta enmantecada que su cuñada estaba preparando.

Gustavo pronunció un *“Muchas gracias, tía”* con un gracioso acento francés. Julia acarició los espesos rizos de su hijo enternecida por su amplia sonrisa devolviéndole el reflejo del rostro de Omar bien grabado en su memoria.

Salió un momento al patio para conversar con su padre quién desde que había enviudado habitaba en la campaña con su hijo y nuera, siendo insoportable continuar su vida en la casa donde había compartido tantos años de dichas y pesares con su esposa.

La charla fue interrumpida por un llamado de un periodista local que quería publicar un artículo sobre ella y su libro recientemente traducido en otras lenguas. Julia aceptó la entrevista, un poco molesta por la intromisión en su vida privada. Su intención era de pasar un tiempo en el seno de su familia sin interrupciones en la paz del campo, pero una conocida del pueblo había confirmado la presencia de la bibliotecaria en Bahía Blanca lo que llamó la atención del joven reportero que buscaba noticias para el diario de la localidad, lo que podría resultar una buena promoción para las librerías cercanas.

El reportero recibió cordialmente a Julia en su oficina. Impresionado por la obra y para completar su reportaje insistió en leerle un párrafo en voz alta:

“El estupor del científico viendo como una extraña bola dorada se agrandaba hasta casi desaparecer de su campo de visión en lo alto del observatorio no tenía fin. Tratando de comprender por qué se sentía invadido por extrañas sensaciones, sin darse cuenta de que estaba adentro. Esa forma extraña se lo llevaba consigo. ¿dentro de qué? Imposible de saberlo. Sintióse vivo y muerto al mismo tiempo. Sus sensaciones térmicas inexistentes, ni frío ni calor solo una intensa gravedad mientras su cuerpo se transformaba; sus huesos, músculos y órganos se iban reduciendo sin dolor hasta desaparecer, pero sin que su conciencia fuera extinguida. ¿Dónde estoy? Puedo pensar, ¿En el espacio? ¿En otra dimensión?

Así, el científico desapareció de su Observatorio, de la vista de todos y de la Tierra.

Podía ver cómo se iniciaron las búsquedas, rastrillando el terreno, llamándolo con perros husmeando los alrededores, sin pista ni señal ninguna. sospechando una desaparición voluntaria. ¿cómo es posible percibir todo eso? Sin materia, sin ojos. Sus pensamientos lo guiaban constantemente desde ese lugar incierto e inmaterial donde la luz se volvía intensa de repente y se apagaba poco después en la oscuridad dejándolo en la confusión total. El tiempo pasaba, sin hambre, sin sensaciones físicas. ¿Era tiempo aquello? lo único claro que le quedaba era que quería comunicar. Tenía que comunicar su situación a sus colegas, a su familia quienes desalentados comenzaban a abandonar la búsqueda. Sin garganta, sin voz, encontrar un medio de llegar hasta ellos. El planeta azul seguía allí, inmóvil desde su nuevo punto de observación, lo único que parecía ser real.”

Julia terminó su entrevista diciendo que la desaparición de su esposo la había guiado como en un dictado en la concepción de su libro sentía su presencia como si estuviese allí con ella, con ellos, con ese hijo que nunca conocería pero que guiaría a lo largo de toda su existencia.

Verano

Julia abrió las ventanas dejando entrar la luz del sol a raudales en la habitación. El calor de la brisa matutina acarició sus mejillas anunciando el comienzo del verano en la Patagonia.

El olor a café se expandió por la cocina al mismo tiempo que el tintineo de las primeras gotas cayendo en la cafetera recién encendida.

Cubrió la mesa del comedor con el mantel floreado que había pertenecido a su mamá y colocó los cubiertos y los platillos para el desayuno. La voz adormilada de Gustavo bajando descalzo las escaleras la distrajo por un momento de su tarea.

¿El abuelo piensa traer a Guardian? preguntó con su vocecita infantil.

- No creo que el abuelo pueda convencer al perro de subir al auto respondió Julia sonriendo y enviando a su hijito con un beso a cambiarse el pijama por un short y una remera; se sirvió un café, el primero del día.

Saliendo a la terraza de la casita que había adquirido recientemente a unas pocas cuadras de la de su hermana, se sentó en la mecedora a esperar a sus invitados del domingo como cada fin de semana.

El aroma del café la envió algunos años atrás en su memoria y no pudo evitar un estremecimiento pensando en cómo había cambiado su vida desde aquel día de asueto.

El recuerdo del paisaje de los pinos nevados sacudiéndose de la nieve con la ayuda del viento norte contrastaba con la vista de la avenida de eucaliptos desperdigando sus cápsulas al viento que se extendía delante de sus ojos.

¡Mamá! La voz de su hijo la sacó de su ensimismamiento

¿Dónde está mi taza de leche?

“Una gigantesca esfera luminosa aterrizó suavemente en el medio del descampado provocando una desbandada de gaviotas cerca de la ciudad de Ushuaia en la Tierra de Fuego. Un hombre surgió del extraño círculo blanco. La enorme masa brillando con todas sus luces despegó sin demora desapareciendo en la atmósfera. La vista de las escarpadas montañas con sus cumbres nevadas en ese lugar mágico del fin del mundo fascinó por un momento al científico mientras caminaba hacia el poblado cercano. Los primeros habitantes que cruzó en su camino lo miraban con miedo como si fuera un aparecido, habiendo percibido la extraña luz que rebotó no muy lejos de las primeras moradas. El hombre preguntó dónde estaba, totalmente perdido pero aliviado de poder sentir sus miembros volver a funcionar pisando su planeta después de un tiempo que no sabría precisar. En cuanto las autoridades argentinas pudieron determinar su identidad, fue conducido a su embajada desde donde pudo regresar a su país, después de algunas confusas explicaciones sobre su misteriosa desaparición.

Proof